

BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

MIL VECES ESPIA

*Lou
Carrigan*





**SERVICIO
SECRETO**



LOU CARRIGAN

**MIL VECES
ESPIA**

SERVICIO SECRETO n.º 1637

Publicación semanal

Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

ISBN 84-02-02513-7
Depósito legal: B 32385-1981
Impreso en España Printed in Spain
1ª edición en España: diciembre, 1981

© Lou Carrigan, 1975

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5.
Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera, S. A.
Parets del Vallés (N 152, Km 21,650)
Barcelona 1984

PRELUDIO

—¿Sabes lo que me gusta menos de este lugar? —preguntó Jake Radcliff.

Su compañero de servicio, Seymour Nunn, tuvo el gesto amable de volver la cabeza hacia él, para mirarle brevemente. Pero sólo movió la cabeza; por lo demás, continuó tendido en la hamaca colgada del techo de la choza, y abanicándose con un pay-pay.

La pregunta del también tendido Jake le dio que pensar.

¿Lo que le gustaba menos de aquel lugar?

Sí. Había mucho que pensar antes de dar una respuesta que resultase lo bastante inteligente.

Rápidamente, hizo un repaso de la situación. Llevaban en aquel maldito islote nada menos que tres años. Tres años... ¿Y cómo era el islote? Pues eso: un maldito y miserable islote en el estrecho de Formosa, componente del archipiélago Pescadores. En el islote vivían unos quinientos chinos que se dedicaban a la pesca. Y ellos... Los chinos debían pasarlo bien, o, al menos, estaban acostumbrados. Era su ambiente, a fin de cuentas: la miseria. Una isla sometida a todas las tempestades y por supuesto sin luz eléctrica, y el pescado que sacaban con penas y fatigas del mar.

En cuanto a ellos, dos americanos que habían corrido lo suyo por este mundo antes de que la CIA los destinase a aquel islote, hacía falta tener narices para permanecer allí tanto tiempo después de haber vivido en Nueva York, Los Ángeles, París, Hong Kong, Honolulu y Roma, por ejemplo.

Claro que la paga por aquel destino especial era muy buena, pero ¡qué demonios!

Seymour había llegado a la conclusión hacía algunas semanas de

que estaba harto del lugar. Por todo. Así que la pregunta de Jake tenía su miga.

Y sólo supo darle una respuesta:

—No, no lo sé.

—Pues que tengamos con nosotros a una mujer.

Seymour volvió a mirar a Jake, casi sonriendo.

—Hombreee...

—Quiero decir, una mujer como ella, ¿comprendes?

—Es muy bonita, ¿no? —se sorprendió Seymour.

—¡Ah!, eso sí. Pero, chico, nada de nada... Si al menos la Central hubiese enviado a una rubia complaciente...

—Iris es rubia —sonrió Seymour.

—¿Por qué no te vas al cuerno? —farfulló Jake—. Ya sabes a lo que me refiero. A mí no me parece que éste sea el lugar indicado para una mujer, pero, ya que nos la envían como complemento, al menos podían haber elegido a una que nos fuese distrayendo por turnos... ¿Me explico ahora?

—Me parece que sí.

—Éste es un cochino lugar que cien mil demonios se lleven; estamos solos como micos en una jaula, con una responsabilidad que a veces me pone los pelos de punta; rodeados de chinos que quizá se hayan tragado el cuento de que somos escritores chiflados y quizá no... Nos envían una chica que está como un tren... y resulta que es honesta. Cuando la vi llegar, me dije: «¡Hombre, menos mal, la cosa se anima; se han acordado de que somos seres humanos...!». Y luego resulta que la chica dice que de eso nada, y que ella ha venido aquí a completar el grupo para trabajar, no para convertir esto en un motel privado... ¿Captas mi irritación?

—Sí, hombre, sí —rió Seymour—. Yo creo que te iría bien un bañito en las frías aguas de la playa. Por cierto que, a lo mejor, eso es precisamente lo que está haciendo Iris.

—¿Tú crees?

—Hombre, claro. Le gusta bañarse desnuda.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Muchacho. —Seymour se colocó de lado en su hamaca, para mirar con más comodidad a su compañero Jake—, nosotros somos espías, ¿no es así? Pues ya me dirás qué clase de espía sería yo si no hubiese mirado por el ojo de la cerradura. Me explico, ¿verdad?

—¡Caracoles! —se animó la expresión de Jake—. ¿De veras crees que Iris puede estar ahora...?

—Me apostaría la corbata.

—No llevas corbata.

—Tú me entiendes.

Ahora fue Jake Radcliff quien quedó pensativo. Claro que allí no llevaban corbata. Ni chaqueta, ni zapatos... Vivían como dos escritores bastante chiflados que estaban escribiendo un libro sobre China, pero en realidad cumplían uno de los más importantes servicios de la CIA americana. En tres años, habían cobrado muy buenas pagas, y quizá estaba llegando el momento de retirarse, de pedir el relevo.

Radcliff se rascó por entre la barba tupida y negrísima.

Sí. Quizá había llegado el momento de largarse de allí. El lugar, y ellos mismos, se estaban quemando, ya duraba demasiado tiempo la situación. Lo sensato sería que la CIA decidiese retirarlos a ellos dos y trasladar el material a otro sitio. Esto era lo sensato...

—¿Me has entendido o no? —Le miraba expectante Seymour.

—Estaba pensando en otra cosa: nos estamos convirtiendo en robots, Seymour.

—Los robots no piensan en mujeres.

—Y lo peor del caso, es que si nos atrapan, nadie querrá saber nada de nosotros. ¿Seymour Nunn y Jake Radcliff? En Washington moverán la cabeza negativamente, y dirán: «No los conocemos». De modo que si los chinos nos cazan con todo este material escondido en el sótano, no debemos esperar ayuda ni de nuestra madre.

—Yo no tengo madre.

—Yo tampoco. Era un decir... ¿De verdad crees que Iris está ahora bañándose desnuda?

—¡Psé...! Aquí hay tempestades más de la mitad del año. Pues las noches que no hay tempestad, ella va y se baña.

—Me parece que voy a ir a verla.

—Si te descubre, habrá follón: es una muchacha muy púdica. Ya sabes: una de esas púdicas y serias chicas americanas que fruncen el ceño en cuanto adelantas una mano hacia ella.

—De todos modos, voy a...

—Me parece. —Seymour se puso una mano tras una oreja— que ya no tienes tiempo.

Jake guardó silencio, escuchando atentamente, y, en efecto, oyó el rumor de alguien que se acercaba a la choza. Soltó un refunfuño y volvió a dejarse caer lánguidamente en la hamaca, mirando el techo, sombríamente iluminado por la luz del quinqué. ¡Puerca vida...! Y claro, como no había corriente eléctrica, pues no podían disponer de ventilador.

Claro que podían haber utilizado, para moverlo, la energía del generador del sótano, pero entonces sí que los chinos del islote se habrían sorprendido. Por tontos que fuesen, habrían pensado: «¡Atiza, un ventilador eléctrico en un lugar donde no hay electricidad...!».

La puerta de la choza se abrió, y los dos agentes de la CIA miraron hacia allá, expectantes. Cuando Iris se bañaba, sus rubios cabellos se...

No era Iris Wallace.

Era un montón de chinos. Pero no parecían de la isla... Más aún. No sólo no eran de la isla, sino que ni siquiera eran chinos. Eran japoneses. Y con ellos llegaban dos hombres blancos, pero vestidos como los japoneses, con una especie de «mono» de seda negra con un anagrama en rojo bordado sobre el corazón.

De todos modos, lo más importante allí no era el grupo de japoneses, ni los dos hombres blancos, sino las armas que todos ellos empuñaban, y que apuntaban con clara amenaza a los dos agentes de la CIA.

La sorpresa fue tal, que cuando quisieron moverse comprendieron que ya era demasiado tarde, y que lo mejor era estarse quietecitos.

Y así lo hicieron. Quedaron como estatuas yacentes, en sus hamacas, con el

pay-pay

en la mano, mirando a los dos blancos, a los que, por instinto, asignaron la jefatura de aquel sorprendente grupo.

Uno de los blancos era bajo, ancho, peludo y con cara de auténtico gorila. El otro no podía ser más diferente: alto, pelirrojo y pecoso, con un cierto porte elegante; lástima que tenía una cicatriz debajo del pómulos derecho...

Fue éste quien dio una orden, y en el acto los japoneses y el otro blanco comenzaron a registrar la cabaña. Lo primero que

encontraron, con gran facilidad, fue las pistolas de Seymour y Jake, que se mordieron los labios. Pero no les dieron importancia, y siguieron buscando...

—¿Qué significa esto? ¿Quiénes son ustedes?

El elegante pelirrojo de la cicatriz le dirigió una irónica mirada.

—Somos de la Kasumi —replicó en perfecto inglés—, y estamos buscando lo que ustedes tienen aquí.

Jake Radcliff efectuó una gran hazaña: consiguió sonreír burlonamente.

—Pues no creo que se vuelvan locos buscando, amigo: lo que tenemos aquí está bien a la vista. Y como puede ver, sólo es mugre y papeles.

Uno de los japoneses dijo algo, y el tipo gorillesco se acercó y le ayudó a alzar la trampilla, mientras Jake y Seymour palidecían intensamente.

El ser gorillesco miró al pelirrojo.

—¿Quieres bajar, Skram? —preguntó.

—No. Hazlo tú mismo, Petofic. Sabemos muy bien lo que estamos buscando, así que lo reconocerás en seguida.

El gorila llamado Petofic encendió una linterna, y descendió, acompañado de dos japoneses. Otro de los japoneses, que seguían buscando por la cabaña, emitió una risita y mostró en alto una prenda, que hizo sonreír a todos..., menos a Jake y Seymour, desde luego: eran unos sujetadores femeninos.

El pelirrojo Skram miró a Jake y Seymour.

—¿Dónde está la chica? —preguntó.

—Precisamente, se fue esta mañana a Makung —replicó Jake.

—¿De veras? ¿Y cuándo volverá?

—Salvo imprevistos, dentro de tres días —mintió de nuevo, con gran serenidad.

Skram se quedó mirándolo durante unos segundos, en silencio. No le creía, desde luego. Pero no hizo comentario alguno... Poco después, el gorila regresó del sótano, agitó la mano derecha y emitió un silbidito de admiración:

—¡Fuiiiiiuuuu...!

—Entonces —murmuró Skram—, ¿es cierto? ¿Está todo ahí?

—Desde luego.

—Éstos dicen que la mujer se fue esta mañana a Makung. Yo

creo que mienten, así que esperaremos a la mujer mientras sacáis todo eso. No perdáis tiempo. Convendría terminar antes del amanecer, para que los pescadores de la isla no puedan ver el submarino de bolsillo. Llévalo todo allá.

—¿Vas a venir con nosotros?

—No —negó Skram—. Yo iré a Macao, a decirle al jefe que todo ha salido bien, y que la segunda fase puede ponerse en marcha.

—Dale afectuosos recuerdos al jefe —sonrió Petofic.

Skram también sonrió, entornando los ojos. Luego, todavía entornados, los volvió hacia los agentes de la CIA. De pronto, apuntó a Jake a la cabeza y disparó... Jake Radcliff pareció recibir una descarga eléctrica que lo hizo saltar, giró en el aire y quedó tendido de nuevo en la hamaca, pero boca abajo, y con la cabeza colgando. Seymour Nunn no pudo hacer nada, tampoco. Al comprender que, simplemente, se proponían matarlos, comenzó a incorporarse, pero recibió tres balazos en el pecho y volvió a quedar tendido, con los ojos muy abiertos fijos en el techo de la sórdida cabaña.

Durante unos segundos, en ésta sólo se oyó el gotear de la sangre que caía de la cabeza de Jake Radcliff al suelo de tierra, con suaves «chop, chop, chop, chop»...

—Vamos, vamos —urgió Skram—, hay que terminar cuanto antes, Petofic. Yo quiero estar por la mañana en el Central de Macao, y el submarino tiene que sumergirse antes del amanecer.

Petofic miró los cadáveres de Radcliff y Nunn, y movió la cabeza.

—Esto no les va a gustar a los americanos... No les va a gustar nada.

CAPÍTULO PRIMERO

Su verdadero nombre era Ian Randolph Lawrence; su nacionalidad, americana; su profesión, agente secreto al servicio de la CIA. Pero en el pasaporte que exhibió en el aeropuerto de Macao decía que se llamaba Paulo Antonio César Craveiro; que su nacionalidad era portuguesa; que su profesión era el comercio. Y no había por qué dudar de ello, ya que, últimamente, el señor Paulo Craveiro viajaba con frecuencia a Macao. Con exactitud, desde el golpe militar dado en Portugal.

Pero esto no podía saberlo el servicio de inspección de pasaportes de Macao, y, por otra parte, teniendo en cuenta que el pasaporte del señor Craveiro era auténtico, no una chapuza, no había por qué dar importancia al hecho de que un portugués atendiese sus recientes negocios en Macao. Y finalmente, por supuesto, el señor Craveiro hablaba portugués como si hubiese nacido en la mismísima Lisboa.

Por lo tanto, sin ningún problema, el agente de la CIA Ian Randolph Lawrence llegó una vez más a Macao. Pero esta vez, no a meter las narices en la marcha de la colonia portuguesa, sino por otro motivo; el asesinato de dos agentes de la CIA en cierto islote del archipiélago Pescadores.

En un taxi, se hizo llevar al hotel Sivela, donde el conserje le recibió con una sonrisa.

—¡Ah!, buenas tardes, señor Craveiro... ¿Ha tenido buen viaje?

—Sí, gracias. ¿Llegó mi petición de reserva?

—Por supuesto. La 24 esta vez. ¿Le va bien?

—Lo mismo da una que otra, gracias. ¿Cómo están las cosas por aquí?

—Bien —rió el hombre—. Por el momento, el señor Mao sigue

respetándonos, así que usted continúa siendo dueño de sus negocios.

—Esperemos que dure.

Un minuto más tarde, el señor Paulo Craveiro ocupaba la habitación veinticuatro del hotel Sivela, mientras, abajo, el conserje se quedaba pensando que dicho señor, tan alto, tan atlético, tan fuerte y con cara de mala uva, resultaba agradable, después de todo. No simpático, no... Pero sí agradable y amable. Un tío serio y correcto, eso era todo.

Lo primero que hizo Paulo Craveiro fue ducharse. Después, completamente desnudo, se tendió en la cama, y, en un segundo, se quedó dormido. A las ocho, sonó el timbre despertador de su reloj de pulsera. Se sentó en la cama, detuvo el suave zumbido, y se quedó mirando ante él, absorto. Acabó moviendo la cabeza como si quisiera alejar, incluso destruir un pensamiento desagradable.

Hacía un calor tremendo, propio del agosto, húmedo, pesado; así que volvió a ducharse. Se vistió, agarró un portafolios que posiblemente contenía papeles de negocios, y abandonó la habitación.

En la calle ya, llamó a un taxi, a cuyo conductor indicó que le llevase a los muelles. Lo cual sorprendió grandemente al hombre.

—¿No quiere ir a la Rue da Felicidade, señor?

—No.

—¿Es la primera vez que viene a Macao?

—No.

—¡Ah!

El conductor no insistió. Si no era la primera vez que su pasajero visitaba Macao, ya debía saber lo de la Rúa da Felicidade, y si no quería ir allí, sus motivos tendría. Así que lo llevó a los muelles. Allá, el señor Craveiro pagó la carrera, se apeó y se dirigió hacia las casas flotantes. Recapacitando sobre esto, se dijo que eran peor que las de

Hong-Kong...,

si tal cosa era posible. La suciedad, la miseria y el pillaje eran allí tan corrientes como la noche y el día. Sin embargo, era poco probable que los granujas de los muelles se atreviesen a molestar a un tipo como el señor Craveiro, cuyas grandes manos y anchos hombros sugerían una capacidad física fuera de lo común. Y por

otra parte, tenía unas facciones pétreas y hostiles que imponían respeto a cualquiera.

Por lo que, sin novedad alguna, el señor Craveiro llegó al borde del muelle, saltó a una pasarela, de ésta a otra, de ésta a la siguiente, y por fin llegó a la choza construida sobre la barcaza que a él le interesaba.

Empujó la puerta y entró. Aquél era su «nido» secreto cuando estaba en Macao, pero ni siquiera se molestaba en cerrar la puerta con llave, porque sabía que la cerradura sería forzada, por muy sólida que fuese. Era mejor no complicarse la vida, limitarse a no dejar nada de valor en la choza. De este modo, era utilizada para dormir o cosas parecidas, pero no le ocasionaban destrozos.

Y precisamente, aquella noche la estaban utilizando para cosas parecidas a dormir.

Al encender el quinqué vio en el jergón al jovencito y a la jovencita, por supuesto de raza china, y que le contemplaban asustados, con los ojos muy abiertos, como deslumbradas. Paulo Antonio César Craveiro no se inmutó. Cogió las ropas de ambos, se las tiró a la cara y señaló hacia la puerta con el pulgar. Eso fue todo.

Cuando quedó solo, ajustó la puerta, fue hacia un rincón del piso, y, con un clavo que arrancó fácilmente de la pared, hurgó entre las tablas, hasta introducirlo. Alzó un par de tablas, dejando visible el hueco, en el que había un portafolios parecido al que llevaba desde el hotel. Dejó éste en el hueco, sacó el otro, se sentó en el suelo y lo abrió, tras desconectar el mecanismo de seguridad. Si alguna vez se olvidase de esto, el señor Craveiro saltaría por los aires convertido en carne picada...

Dentro del portafolios había dos pistolas, media docena de cargadores, pelucas y barbas, maquillajes, lentes... En cinco minutos, el señor Craveiro dejó de existir. En su lugar había ahora un tipo barbudo, de mala pinta, con su rostro torvo y los lentes.

Dejando afuera una de las pistolas y un cargador, guardó el portafolios y sacó un paquete, cuyo contenido eran unos pantalones que podían parecer blancos, y un jersey que era definitivamente negro. Tras guardar su traje serio y correcto, se puso estas prendas, se metió la pistola en la cintura tras encajar el cargador con seco golpe, y colocó las tablas en su sitio y el clavo en su agujero.

Cuando salió de la choza, Paulo Craveiro parecía, simplemente, otro hombre.

Llegó al muelle, se dio una vuelta por allí asegurándose de que nadie estaba tras él, y entonces sí, se dirigió a pie hacia la Rúa da Felicidade, la calle céntrica de Macao famosa en todo el mundo.

Con las manos en los bolsillos y la cabeza baja, fue caminando sin hacer caso a las siseantes llamadas que llegaban desde los amplios soportales con columnas. Algunas de las chicas se adelantaban, para dejarse ver bien, convencidas de que su belleza induciría al paseante a convertirse en cliente. Otras, señalaban los cartelitos que, en chino, explicaban sus «habilidades especiales» dentro de la profesión. Y otras exhibían generosamente su configuración geográfica y sonreían tan prometedoramente, que se podía pensar que Paulo Antonio César Craveiro era tonto por no aceptar aquellas promesas.

En otros sitios había viejas mujeres chinas, con un cigarro puro en la boca mientras hacían petardos con sus sarmentosas manos de color de cera. Y también artesanos chinos, que alzaban sus productos, muy orgullosos sin duda, pero impasibles.

Más adelante, el hotel Central, el edificio más alto, que destacaba con sus luces en los nueve pisos. Allí, en el Central, había de todo... De todo lo malo, se entiende. Desde el juego a la prostitución, pasando por el tráfico de drogas. Pero eso sí, había «clases»; en el primer piso, la escoria; y, a medida que se iban subiendo pisos, se iba ganando en categoría, hasta el punto de que en el noveno estaba el no va más del refinamiento en todas las actividades. Allí, todo dependía de las patacas, vulgo dinero. Si uno tenía muchas patacas y se sentía finolis, empezaba a subir pisos. Si tenía pocas patacas, debía irremisiblemente quedarse en el primero, o, quizá, subir al segundo, conformándose con lo que hubiese allí: desechos de la humanidad y juego a todo pasto...

Pero nada de todo esto parecía importar al barbudo sujeto que caminaba por entre coches y bicicletas con las manos en los bolsillos. Finalmente, llegó ante el número 128 de la Rue da Felicidade y se quedó mirando a la vieja china que hacía petardos y fumaba su cigarro puro. La vieja lo miró a su vez, impasible como una piedra, y siguió con lo suyo.

Tras unos segundos de contemplación, Craveiro se acercó. La

vieja volvió a alzar la cabeza, y lo miró, inexpresiva.

—Busco la luz del arco iris —musitó Craveiro, en inglés.

La china se limitó a asentir con la cabeza y girar los ojos hacia la puerta abierta, a su derecha. Luego, dedicó de nuevo su atención al enorme petardo que estaba haciendo.

Craveiro la miraba con el ceño fruncido, pero optó por entrar en la casa.

Lo hizo, tanteó hasta encontrar el interruptor de la luz, y lo accionó... Al mismo tiempo que se encendía la luz, Craveiro recibía un tremendo trastazo en los riñones, que le arrancó un grito de dolor y lo hizo caer de rodillas, como roto. Inmediatamente, un puntapié en un costado lo derribó de lado en el suelo. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y se sentía como atravesado por un millón de lanzas. Le agarraron por los cabellos, y lo pusieron en pie de un tirón, que provocó más lágrimas. Acto seguido, recibió un golpe en el estómago que lo dejó sin aliento, casi desvanecido...

—Ya está bien —oyó la voz femenina—. Quitadle la pistola, si lleva.

Le quitaron la pistola. Respiró hondo, sacudió la cabeza, y apretó los párpados, librando sus ojos de lágrimas. Delante de él, un poco borrosa, vio a la vieja china, que le miraba con interés. Le pareció que sonreía cuando se inclinó a recoger sus lentes. Una sonrisa como preocupada, y al mismo tiempo fría, implacable.

—Usted —dijo ella, con voz ronca, en inglés— no es el hombre que estaba esperando.

Craveiro volvió a aspirar hondo.

—¿A quién esperaba? —jadeó.

—No a usted. Matadlo y tiradlo por ahí. No es él.

Craveiro miró vivamente a derecha e izquierda, vislumbrando a los dos chinos gigantescos, cada uno de los cuales le sujetaba un brazo, con manos de hierro. O lo parecían.

—¿Cómo puede saber que yo no soy el hombre que está esperando, si...?

Mientras hablaba, Paulo Craveiro giró de cintura hacia el chino de su izquierda. No hizo el menor gesto para liberar sus brazos. ¿Para qué perder el tiempo? Lo que hizo, tras girar, fue alzar su rodilla derecha y encajarla rudamente en el bajo vientre del chino, que lanzó un gemido, soltó su brazo izquierdo, se dobló

boqueante... El puño izquierdo de Paulo Craveiro voló, entonces, hacia el rostro del chino de su derecha, que no tuvo tiempo de esquivarlo. Recibió el impacto en plena nariz, y también soltó su brazo, para salir trastabillando hacia atrás, manoteando, buscando en vano algo a que asirse...

Y mientras tanto, Craveiro se volvió hacia el otro chino, que se estaba sobreponiendo rápidamente.

No le dio tiempo.

Le descargó un hachazo en la nuca, con el canto de la mano, y el chino se derrumbó como muerto...

¡Cloc!, resonó la cabeza de Paulo Craveiro.

Un millón de estrellas y de toda clase de luces de colores parecieron estallar en su interior... Por detrás de él, la china alzó la pistola y la descargó de nuevo en la parte posterior de la dura cabeza del agente de la CIA.

Ante el cual se abrió un negrísimo y profundo pozo en el que comenzó a caer, a caer, a caer...

CAPÍTULO II

La luz en sus ojos le produjo una sensación tan dolorosa, que se apresuró a apretar los párpados.

—Lo siento —oyó la voz de la china—. Usted finalmente me estaba convenciendo, señor Lawrence, pero no vi otro modo de pararle. Me habían dicho que era un hueso que nadie podía roer, y cuando mis dos amigos le dominaron tan fácilmente al principio, pensé que alguien le había suplantado... ¿Cómo es posible que mis amigos pudieran sorprenderlo?

Ian Randolph Lawrence consiguió, finalmente, soportar la luz, y se quedó mirando a la china. Junto a ella, sonrientes, estaban los dos chinos, a los que dirigió una hosca mirada.

—No me gustan las tonterías —masculló, sintiendo como si en su cabeza comenzasen a golpear mil martillitos—. ¡Maldita sea!, me va a estallar la cabeza.

—De veras lo siento —insistió la china—. ¿Cómo fue posible que lo sorprendiesen?

—Escuche, nena, yo soy un ser humano, no un supermán, ¿se entera? Si me envían aquí con una contraseña, no tengo por qué llegar dando bofetadas ni dándomelas de genio... ¿No tiene aspirinas, o algo parecido?

La vieja china a la que había llamado nena se acercó, se colocó tras él y comenzó a pasar sus dedos por la nuca de Craveiro... que a los pocos segundos comenzó a abrir los ojos debido a la sorpresa: el dolor estaba desapareciendo rápidamente.

—Bueno, ya está bien —gruñó poco después—; deje de sobarme.

Se puso en pie, se pasó las manos por la cara y miró alrededor. Estaban en un saloncito mal iluminado y peor amueblado, eso era todo.

—Estamos en la misma casa, desde luego —adivinó la china los pensamientos de Craveiro—. Y creo que podemos considerarnos seguros... Aunque también ciertos agentes se consideraban seguros en un islote, y...

—Ya conozco esa historia —musitó Craveiro—. Y precisamente por eso estoy aquí, nena.

La vieja china alzó las cejas al oírse llamar de nuevo de un modo tan inadecuado. De una silla contigua a la que ocupaba Paulo Craveiro tomó los lentes, la peluca y la barba postiza, y tras breve vacilación, lo tendió todo al falso portugués.

—¿Qué clase de historia conoce usted? —musitó.

Paulo le dirigió una mirada de auténtica mala uva, mientras se guardaba sus elementos de disfraz.

—¿Y si fuese yo ahora quien pensase que no es usted la persona que me enviaron a ver a Macao? —deslizó, secamente.

—¿Por qué?

—Porque si los dos conocemos la historia, no veo por qué hemos de perder el tiempo hablando de ella. A ninguno de los que trabajamos en estos asuntos nos gusta perder el tiempo. Y puesto que a usted sí parece gustarle perder el tiempo en tonterías e historias, quizá, como ya digo, no sea usted la persona que busco.

—La lucidez de sus deducciones me espanta —casi sonrió la vieja china—. ¿Se llama usted en Macao...?

—Paulo Antonio César Craveiro.

—¿Y en realidad...?

—Ian Randolph Lawrence.

—¿Y trabaja...?

—Como comerciante, con el primer nombre. Como agente secreto de la CIA, con el segundo. Pero empecemos desde el principio... Nací en un pequeño pueblecito del estado de Maryland, Estados Unidos, hace treinta y dos años. No fui, al nacer, un niño precioso, según me dijo más adelante mi tío Charles. Parece ser que, apenas llegué de París, puse cara de mala leche, seguramente porque me habían lastimado al cortarme el cordón umbilical. Ése fue mi primer trauma en esta cochina vida. El segundo trauma...

—Suficiente —rió la vieja china—. ¡Suficiente, señor Lawrence! Es usted la persona que esperaba. Siento todo lo sucedido... Eso que a usted le han parecido tonterías.

—Vale.

—Perdóneme, pero al parecer hay ciertas personas que estaban enteradas del asunto de la isla, y nadie sabe cómo pudo ser eso. Si recapacita, comprenderá que no confíe en nada ni en nadie.

—Ya he dicho que vale, ¿no?

—Está bien: vale. Vosotros —miró a los dos chinos—, podéis marcharos. Y gracias.

Los dos chinos salieron de la estancia, mientras Paulo se dedicaba, asombrado, a pasarse las manos por la nuca. El dolor de cabeza había desaparecido completamente.

—Oiga —se interesó—; ¿cómo lo ha conseguido? Estoy como nuevo.

—Es usted un hombre muy fuerte. Además, yo conozco algunas viejas técnicas de masaje chino. ¿Sabía usted que los chinos lo han inventado todo hace muchos años?

—¿Todo?

—Prácticamente todo. Empezando por la Medicina. Sé lo que digo, porque hace muchos años que vivo por aquí.

—Siendo china, debería haber dicho que lleva viviendo aquí toda la vida, ¿no le parece, nena?

—Su obstinación en llamarme nena me parece un poco grotesca, francamente, señor Lawrence.

Ian Randolph Lawrence se puso en pie, con mucha calma. Y de pronto, desde luego sin alterarse, hundió violentamente su puño derecho en el vientre de la vieja china, que lanzó un gemido de dolor, se dobló sobre sí misma y cayó hecha un ovillo al sucio suelo. El agente de la CIA se acuclilló junto a ella, le arrancó de un tirón la peluca postiza y movió la cabeza con un gesto casi simpático al ver los largos y rubios cabellos.

—Palabra de honor —dijo—; es la primera vez que veo a una mujer china que sea rubia natural. Palabra de honor.

—Usted —jadeó ella—. Usted es un salvaje...

—Y usted es idiota, nena. Aunque... quizá no —reflexionó—. Quizá no. A fin de cuentas, debe estar muy asustada, ¿cierto? Según mis informes, no le fue fácil llegar a Macao desde aquel islote, y buscar luego contacto por radio para explicar lo sucedido. Sin embargo, lo consiguió, y con eso se ha ganado el veinticinco por ciento de mi respeto profesional. ¿Sabe por qué me dieron la

contraseña que dice: busco la luz del arco iris? Pues porque la persona que busco se llama Iris. Iris Wallace. ¿Es usted?

—Sí.

—¡Okay, tía buena! Ahora lávese la cara, de modo que desaparezca ese mugriento maquillaje... ¿Sus ojos son negros o azules?

—Azules...

—Pues entonces, quítese también las lentillas de contacto, de color negro. Y una vez esté presentable, charlaremos sobre la historia que nos ocupa. Posiblemente, ése sea el mejor modo de seguir adelante con todo esto. ¿Qué le parece?

La tomó de un brazo y la puso en pie, mientras ella susurraba:

—Es usted una bestia, señor Lawrence.

—Si vuelve a llamarme por Cualquier nombre que no sea Paulo Craveiro, se va a enterar de verdad de cómo golpeo yo cuando me siento fastidiado. En cambio, si se porta bien, yo conozco una clase de masaje que le irá bien a su dolorido estómago. ¿Puedo fumarme un puro mientras la espero?

Ella se desasíó bruscamente de la mano de Paulo, y desapareció por una puerta, palpándose el estómago. Paulo Craveiro movió la cabeza y masculló:

—Me pregunto por qué demonios tienen que utilizar mujeres en el servicio.

En un asqueroso aparador encontró una caja con varios puros. Encendió uno de ellos y se dedicó a fumar durante unos minutos. Luego, con el humeante cigarro entre los dientes, fue hacia la puerta por la que había desaparecido la «vieja china»...

La encontró en una especie de cocina de lo más sucio que había visto en su vida, metida desnuda en un tonel de madera, con agua hasta el cuello y frotándose enérgicamente la cara, para retirar el maquillaje. Acercó un taburete, se sentó y miró a la rubia, que había dejado de frotarse y le contemplaba hoscamente.

—Quedamos en que me iba a esperar afuera —dijo ella.

—Tengo largamente comprobado que las mujeres se sienten muy comunicativas cuando están en el baño. Así que adelante... ¿Qué pasó, exactamente?

—Yo estaba en la playa, nadando, y vi llegar el submarino. Era de noche, así que los hombres que aparecieron en seguida por la

compuerta y lanzaron al agua un bote hinchable no pudieron verme...

—¿Por qué, en ese caso, no fue usted a toda prisa a avisar a Radcliff y Nunn? —murmuró Paulo.

—Estaba desnuda.

La mirada de Paulo Antonio se endureció. Durante unos segundos estuvo mirando de tal modo a Iris Wallace, que la muchacha casi comenzó a sentir miedo.

—¿Y qué? —preguntó él por fin, suavemente.

—Bueno...

—Su cuerpo no es una exclusiva —deslizó Paulo—. Apuesto lo que quiera a que Radcliff y Nunn ya habían visto antes algo parecido. Quizá incluso mejor. Considerando las circunstancias, creo que si usted hubiese llegado corriendo y desnudita para decirles lo que había, ellos habrían ignorado sus encantos y quizá hubiesen podido hacer algo más útil que morir. Por ejemplo: destruir todo el material que se llevó aquella gente. ¿No está de acuerdo?

Iris Wallace estaba pálida como un cadáver.

—Sí... Lo estoy.

—Es un pequeño porcentaje a su favor en cuanto a mi respeto profesional. Y además, usted tuvo miedo... Simple y puro miedo, ¿no es cierto?

—Sí.

—Por lo tanto, permaneció escondida mientras aquellos tipos desembarcaban e iban hacia la choza. ¿Qué más?

—Cuando salí del agua y me hube vestido...

—Eso es una obsesión en usted, según parece. Está bien: salió del agua y se vistió. ¿Qué hizo?

—El submarino se había sumergido, así que pude ir hacia la choza sin que nadie me viese. Cuando llegué allí, estaban hablando...

Iris Wallace continuó con su relato, mientras terminaba de bañarse, retirando todo el maquillaje y la mugre que debía ser lógica en una vieja china dedicada a fabricar petardos.

Cuando terminó, Paulo Antonio permaneció en silencio casi un minuto, con el cigarro puro entre los dientes.

Por fin, asintió con la cabeza.

—Está bien. Oyó usted hablar de la Kasumi: de un jefe que parece estar en Macao, concretamente en el hotel Central, y oyó también dos nombres: Skram y Petofic. Propietarios de cuyos nombres me ha descrito. Los japoneses, por el momento, admitiremos que le parecieran todos iguales, si bien en una persona que como usted ha pasado años por estos lugares, eso no debería aceptarse... ¿Sabe lo que significa Kasumi?

—No.

—Significa niebla, en japonés. Veamos... ¿Se llevaron todo el material que teníamos escondido en la choza?

—Sí... Todo.

—Congratulations, nena. ¿Realmente sabe usted... o sabía usted qué clase de material tenían allí?

—Sí. ¿Le parezco cobarde por no haber intentado nada? ¿Me desprecia?

—No. Superficialmente, siento irritación contra usted, por no haber corrido a avisar a nuestros compañeros, por muy desnuda que estuviese. Pero, fríamente, entiendo muy bien que, de todos modos, los habrían cazado a los tres por la isla. En cuyo caso, yo no estaría ahora aquí, puesto que usted no habría podido avisar por la radio. Ni tendríamos una valiosa información como punto de partida. ¿Qué ha conseguido saber en Macao?

—Encontré a Petofic y Skram.

—Magnífico. ¿Cómo pudo lograrlo?

—Sólo tuve que darme unas vueltas por el hotel Central. Allí, conversaron con un chino cuyo nombre ignoro, pero que ocupa la habitación 810. Luego, fueron a una villa que está cerca de los Jardines de Camoens...

—¿Quién vive allí?

—No lo sé. Es todo lo que he podido hacer hasta que ha llegado usted.

—Debo admitir que en esta segunda fase lo ha hecho mejor que en la primera. Pero ahora, tenemos que pasar rápidamente a la tercera fase... Es decir, yo me encargaré de ella personalmente.

—¿Qué haré yo?

—Tengo un buen sitio para que se esconda hasta que podamos retirarla discretamente de Macao. Mientras llega ese momento, permanecerá escondida allí.

—¿No quiere arriesgarse a aceptar mi colaboración? —Bajó la mirada Iris Wallace.

Por un instante, en los duros ojos de Paulo Antonio hubo un destello humanizado, pero en seguida apretó los labios, que parecieron una grieta en una roca.

—No —dijo—, porque usted no sirve para esto. Y no comprendo cómo la Central pudo asignarle un puesto tan importante, junto a hombres de la talla de Nunn y Radcliff.

—Supongo —murmuró ella— que porque hablo el chino a la perfección.

—¡Ah...! Bien, incógnita despejada. Cuando esté lista, la llevaré a ese lugar seguro.

—Entonces..., ¿realmente no piensa utilizarme?

—Por supuesto que no. Ya le he dicho que no sirve..., por muy bien que hable el chino.

Iris Wallace salió de la cuba y se quedó mirando a Paulo Antonio, que sostuvo impertérrito la mirada... y soportó con total impavidez el bello espectáculo.

—¿No le prueba esto que quizá ahora lo haría mejor? —susurró la bellísima Iris.

—Lo único que me prueba su gesto de ahora es que las mujeres que yo he visto hasta ahora eran unos guiñapos comparadas con usted. Felicidades.

—¿Eso es todo?

—No —casi sonrió Paulo—. Parece que necesita usted una toalla.

Miró alrededor, la vio sobre una silla y la tomó acercándose, con ella en las manos, a Iris. La pasó por encima de su cabeza, para colocársela sobre los preciosos hombros como si fuese una capa. Se quedaron mirándose... Y de pronto, Iris Wallace se abrazó a la cintura del hombre que, según le habían comunicado por radio, llegaría para resolverlo todo.

—Tengo mucho miedo —tartamudeó.

Ian Randolph Lawrence pensó en lo sucedido, y en lo que aquellos tipos les habían arrebatado a Radcliff y Nunn. Algo que no sólo valía millones de dólares, sino que podía complicar terriblemente la situación política en Oriente si llegaba a ser utilizado. Algo verdaderamente espantoso. Así que no sólo

comprendía perfectamente el miedo de la muchacha, sino que, cuando tomó su rostro entre sus manos y la miró a los bellísimos ojos, susurró:

—Yo también tengo miedo, nena...

CAPÍTULO III

No existió sorpresa alguna por parte de nadie cuando aquel elegante caballero subió hasta el octavo piso del hotel Central, en uno de los veloces ascensores. El ascensorista chino, que estuvo mirándole de reojo, incluso llegó a pensar que sería un estupendo cliente de la casa.

El elegante caballero parecía tener unos cincuenta años, que llevaba con gran distinción; unas abundantes canas en las sienes contribuían a dar dignidad a su aspecto interesante. Vestía impecablemente de esmoquin de chaqueta blanca y, a juzgar por cómo se movía, cabía pensar que aquella era la ropa que llevaba habitualmente. Todo un *gentleman*, en una palabra.

Sin embargo, su comportamiento no fue el que se podría esperar de un auténtico caballero. Lo primero que hizo al salir del ascensor, fue tocarse cuidadosamente el otófono que llevaba en su oreja derecha, como asegurándose de que funcionaba a la perfección. Era una lástima: un caballero tan elegante, y sordo. Una verdadera lástima.

Pero, en fin, el otófono parecía funcionar bien, así que no tuvo que retirarlo de detrás de su oreja. Curioso invento: uno se vuelve sordo, o casi sordo, pero se coloca un aparato en la oreja y ya puede oír, al menos aceptablemente. Y todo gracias a esa pequeña cajita circular, maravilla de la ciencia electrónica..., que tantas sorpresas puede deparar.

Igual que el caballero del esmoquin y el otófono.

Mientras aseguraba el aparatito en su oreja, quedó solo en el pasillo. Luego, en lugar de dirigirse hacia las salas de juego, se dirigió en busca de las habitaciones. Localizó fácilmente la puerta señalada con el 810, miró a ambos lados del pasillo y de un bolsillo

sacó otro pequeño aparatito, otra maravilla de la ciencia electrónica. Lo aplicó a la puerta, y permaneció así unos segundos.

Pues no señor.

No había nadie dentro de la habitación 810.

Lo sabía con toda seguridad, porque el aparatito aplicado a la puerta era un micrófono de altísima sensibilidad, sincronizado con el otófono, y podía incluso captar la respiración de una persona dentro de la habitación, llevando ese sonido al oído del elegante caballero por medio del otófono que, claro, era, en realidad, un perfectísimo receptor.

En fin, que no había nadie dentro de la habitación 810. Así que, con toda tranquilidad, el caballero elegante sacó una ganzúa del tacón de un zapato, hurgó en la cerradura y abrió, con la misma facilidad que si hubiese utilizado el llavín correspondiente. Entró, ajustó la puerta tras él y encendió la luz.

Muy bien. Una *suite* estupenda, eso era todo. A lo mejor, incluso había allí algo digno de ser robado, pero esto no parecía interesar al caballero del esmoquin. Todo lo que hizo fue mirar velozmente a su alrededor, deteniendo la mirada, finalmente, en el teléfono.

Luego, miró el cuadro que había colgado de la pared muy cerca del teléfono. Fue allá, separó un poco el cuadro y colocó detrás el diminuto micrófono de altísima sensibilidad.

Hecho esto, el caballero elegante abandonó la *suite*, con las debidas precauciones, desde luego, y se dirigió a una de las salas de juego. En los pisos inferiores se jugaba al

ma-jong

y otros juegos más o menos exóticos, y sobre todo muy populares. Allí, la pérdida de dinero se cumplía con más elegancia. Por ejemplo, la ruleta.

El caballero fue hacia la mesa de este juego, se colocó tras un gordísimo chino cuyas carnes posteriores se desbordaban de la silla, y se quedó mirando la ruleta, que en aquel momento giraba... La bolita saltó al cajetín del número doce y el croupier cantó la jugada...

—¿Usted no juega? —Sonó la pregunta en inglés.

El caballero volvió la cabeza y miró sonriente a la muchacha que le había hecho la pregunta. Sí, señor: allá arriba, en el octavo piso, había auténtica clase. Había visto mujeres chinas, europeas,

americanas, japonesas, sudamericanas... Por supuesto que su trabajo allí no admitía confusión alguna, pero había que admitir que tenían clase. La que había abordado al caballero era una francesita que quizá no había cumplido los veinte añitos: absolutamente sensacional con su discretísimo y elegante maquillaje de noche, su vestido con un escote que le llegaba al ombligo y que dejaba descubiertos los hombros y la espalda hasta más abajo de la cintura. En realidad, podía considerarse medio vestido.

—¿Perdón? —sonrió más anchamente el caballero.

—Le he preguntado si no juega usted —sonrió deliciosísimamente la francesita, que hablaba en inglés con acento de Marsella.

—Pues no sé... Perdone —el caballero se dio unos golpecitos en el otófono—. ¿Decía usted...?

La muchacha consiguió mantener su sonrisa.

—Que si juega usted a la ruleta.

—¡Oh, sí! —asintió el caballero—; ya han llegado mis maletas. Pero no comprendo... ¿Tiene eso importancia?

La muchacha soltó una carcajada.

—¡Le pregunto que si juega usted a la RULETA!

—¿A la...? ¡Ah! ¡Oh, sí! Perdone, es que este aparato lleva unos días funcionando pésimamente.

—Bueno. Pero aquí no va a necesitarlo usted... para nada.

El caballero se colocó una mano tras la oreja, con gesto por demás impertinente.

—¿Qué dice?

—¡Que aquí no va a necesitar ese aparato para NADA!

—Ah, ya. Sí, estaré hasta la madrugada, sí.

La francesita volvió a reír.

—¿Quiere que vaya a cambiar su dinero por patacas? —se ofreció.

El caballero la miró asombradísimo.

—No —negó—. Ya he cenado. Además, no me gustan las patatas.

Esta vez, la francesita soltó una carcajada que todos se volvieron a mirarles. Frotóse los dedos ante el caballero, que finalmente pareció comprender. Sacó un rollo de billetes, y tendió unos cuantos a la muchacha, que se alejó, sonriendo, para cambiarlos por

patacas.

El caballero la estuvo mirando de arriba a abajo con gran atención y admiración, como fascinado. Y otra muchacha, ésta china, se le acercó también, sonriendo. Tremenda. Con una abundancia torácica increíble.

—Si no tiene usted suficiente con una... —insinuó.

El caballero se sorprendió de nuevo. Miró su reloj de pulsera y de nuevo, asombrado, a la chinita.

—No —dijo—. La una, no. Sólo son las diez y cuarto.

La chinita se quedó de una pieza, tan atónita que la francesita tuvo tiempo de regresar.

Vio el gesto de su colega y sonrió divertida.

—Es sordo como un pedrusco —advirtió—, pero parece que tiene dinero en abundancia. Yo me encargo de él.

Se encargó de él, cumpliendo la primera de sus obligaciones en aquel lugar, esto es, hacer gastar dinero al cliente, vaciarle lo máximo posible los bolsillos sobre el tapete. Pero el cliente comenzó a ganar, y la francesita a pasarlo francamente mal. Le quedaba el consuelo de que, cuanto más ganase el tipo sordo como un pedrusco, más generoso se mostraría con ella, por la mañana, cuando se despidiesen. Pero, mientras tanto, el croupier había empezado a mirarla con cierta hostilidad, como si ella tuviera la culpa de que el sordo fuese un sujeto afortunado...

—¿Quiere que vayamos a tomar algo? —incitó, para cortarle la buena racha.

—¿Qué? —preguntó el caballero, recogiendo sus últimas ganancias.

—Que me invite a champaña.

—¡Ah, sí!, es toda una hazaña...

—¡Que me invite a champaña!

El caballero la miró pasmado.

—¿Y para qué quiero ir a España? —preguntó.

—¡Que...!

La francesita insistió en sus deseos, pero el caballero ya no la escuchaba, porque tenía otro programa mejor que atender: en su oído, gracias al receptor-otófono, había penetrado el primer ruido. Una puerta al ser cerrada... Es decir, que alguien había entrado en la *suite* 810.

Sonrió a la francesita y le metió unos cuantos billetes en el escote, es decir, en la abertura que había por debajo del ombligo.

—Es verdad —dijo—; ganar demasiado, daña. Así que voy a dejarlo por hoy.

—¡Le decía...!

—¿Qué tal si tomásemos una copa de champaña? Buena idea, ¿verdad?

La francesita entornó los ojos un instante. De muy buena gana habría enviado al demonio al cliente, pero eso no podía de ningún modo hacerse en el octavo piso.

—Sí —sonrió—; es una buena idea.

Mientras caminaban hacia el bar, el caballero estaba oyendo el girar de un disco de teléfono. Muy bien: la persona que había entrado en la *suite* 810 estaba llamando a alguien. Si hablaba en inglés, francés, portugués, alemán o italiano, se enteraría de todo; si hablaba en chino, ruso u holandés, seguramente comprendería de qué trataban, aunque no captaría todos los matices de la conversación; pero si hablaba en japonés, adiós; no entendería más que la palabra sayonara.

«Quiero hablar con Noriko», oyó, en inglés.

—¿Le gusta muy frío? —preguntó la francesita.

—¿Qué?

—Que es usted sordo, amigo —se impacientó la muchacha.

—¿Le parezco gordo? —Se pasmó, de nuevo, el caballero:

—No. Decía que...

«¿Noriko? Soy Lo Lao Wang. He recibido instrucciones que contienen una oferta para usted».

«¿...?».

«La oferta es de cincuenta millones de dólares. Precio único y definitivo. ¿Le conviene?».

«...».

«Estupendo. Son las once menos diez... Podría estar ahí a las once y media como máximo, y nos pondríamos de acuerdo sobre el sistema de entrega del material y del dinero. Bien entendido que están ustedes en territorio chino, y que...».

«...».

«Tonterías. Macao es de China, aunque dejemos que los portugueses sigan jugando a colonizadores. Piénselo bien: están en

territorio chino y si todo esto es... una broma, o hay alguna jugada sucia, nuestra réplica será brutal. ¿Lo entiende?».

«...».

«De acuerdo. Estaré ahí cuanto antes».

«Clic», sonó el teléfono al ser colgado.

El caballero miró a la francesita, que le contemplaba con poca curiosidad. Ya tenían las copas de champaña ante ellos.

—Parece que esté usted como... soñando —dijo ella.

—Sí —sonrió él—; me voy caminando.

Dejó unos billetes sobre el mostrador, y se dirigió a la salida, dejando petrificada a la francesita, ante las dos copas de champaña. La chinita, al verla sola, se le acercó, sonriendo maliciosamente.

—¿Qué? ¿Te espera abajo? —preguntó.

—Bebe —señaló la francesita una de las copas—. ¿Quieres que te dé un buen consejo?

—Aquí, nadie da buenos consejos.

—Yo, sí: no quieras nunca tratos con un sordo.

El caballero sordo estaba ya en el pasillo, encendiendo parsimoniosamente un cigarrillo.

Actividad que le estaba llevando demasiado tiempo, evidentemente. Pero, por fin, la puerta señalada con el número 810 se abrió, y apareció en el pasillo un chino bajito, menudo, con lentes, delgado y elegante, con el cabello negrísimo muy estirado y pegado al cráneo. Se dirigió hacia el ascensor justo cuando el caballero elegante terminaba de encender el cigarrillo y reanudaba la marcha, de modo que se detuvo junto a él, esperando la cabina. Los dos hombres se miraron, con cortés expresión.

—Interesante lugar —dijo el sordo.

—Sí... Muy agradable.

—¿Censurable? —Alzó las cejas el caballero.

El chino vio entonces el otófono, y sonrió comprensivo.

—Agradable —repitió, alzando la voz.

—¡Ah, sí!: deleznable. Bueno, no tanto, caramba...

Una ceja del chino llamado Lo Lao Wang se alzó. El ascensor llegó y los dos entraron en la cabina.

—Planta —dijo Lo Lao.

—¿Espanta? —Lo miró atónito el sordo—. ¡Caramba!, más bien

encanta, diría yo. Aunque, eso sí, es un lugar un tanto inquietante: hay demasiado dinero y demasiadas mujeres hermosas. ¿Usted sabe si a alguien se le ha ocurrido alguna vez cometer un atraco aquí?

Lo Lao lo miró con nueva curiosidad.

—Lo ignoro —sonrió divertido—. Pero es una idea buena.

—¿Después de la cena?

—¿Cómo dice? —Se pasmó ahora Lo Lao.

—¿Qué? —Se llevó una mano a la oreja el caballero.

—¡Que es una idea buena!

—¿Lo de la cena?

Lo Lao Wang frunció el ceño. Por fortuna, el ascensor llegó abajo y el chino se apresuró a salir. Detrás de él partió el caballero elegante y sordo. Salieron separados por apenas media docena de pasos. Lo Lao Wang fue hacia un coche, se metió dentro por el lado del volante... y el caballero elegante se sentó a su lado, entrando por la otra portezuela.

—¡Oiga...! —empezó Lo Lao.

Se calló al ver la pistola con silenciador en la mano derecha del caballero elegante, que le apuntaba al vientre, con disimulo propio de un experto.

—Oigo —sonrió secamente—. Muy mal, pero oigo. Ponga en marcha el coche.

—Escuche, usted...

—Oigo y escucho. No se ponga pesado, Lo Lao Wang. Arranque.

—¿Me conoce? —exclamó el chino.

—Eso parece. Conduzca hacia los acantilados desde los que se ve el faro. Y mire, Wang, le voy a decir la verdad: ni soy sordo, ni tonto, ni nuevo en Macao, ni sería la primera vez que le meto un par de balas en la barriga a alguien. ¿Me comprende?

—Sí.

—Vamos a ese lugar. Aprovecharemos el viaje para ir charlando. Si cuando lleguemos allá hemos acordado algo interesante para mí, todo irá bien. Si no es así, todo irá mal... para usted.

—¿Quién es usted, y qué quiere exactamente? —preguntó Lo Lao tras poner el coche en marcha.

—Me llamo Joao Wo Min...

—¿Wo Min? —se sorprendió Lo Lao.

—Sí. Mi padre era un chino muy majo que enamoró a una

portuguesa bellísima: mi madre. Escribieron juntos una carta a París y le enviaron un bello ejemplar mestizo de chino y blanca. Le pusieron por nombre Joao Wo Min. ¿Satisfecho?

—No es necesario que se burle de mí, Joao... ¿Qué es lo que quiere, exactamente?

—Un millón de dólares.

—¿Está loco? —Respingó Lo Lao.

—No. Ustedes están dispuestos a pagarle cincuenta millones a Noriko. Páguenle sólo cuarenta y nueve, y uno a mí. Es un buen trato por mantener la boca cerrada, Lo Lao.

—¿Qué diría usted, y a quién, si abriese la boca?

—Veamos... Las cuentas están muy claras: Noriko y su gente les robaron a los americanos el material que usted quiere comprar por cincuenta millones. Desde luego, si usted fuese un espía de Mao, no pagaría ni un centavo, porque les bastaría aplastar a Noriko y su gente en esa villa cercana a los Jardines de Camoens, después de obligarles a decirles dónde tienen el material robado a los americanos. Puesto que no hacen eso, yo debo pensar que son espías de la China Nacionalista, ¿comprende? Lo cual, considerando que yo sí soy un agente de Mao en Macao, nos convierte a usted y a mí en enemigos a muerte. ¿Está de acuerdo?

—¿De dónde ha sacado usted toda esa información?

—Espiendo. Haciendo mi trabajo, naturalmente. Supe lo de ese robo de material a los americanos, busqué, encontré pistas... Creo estar al corriente de todo. La Kasumi, esa organización japonesa, les quiere vender a ustedes, los chinos de Formosa, todo el material americano, que por supuesto vale muchísimo más de cincuenta millones de dólares. Yo debería avisar a mis compañeros del servicio secreto de Mao Tse Tung, y decirles lo que pasa. Pero... ¿qué ganaría yo con eso? Nada. En cambio, llegando a un acuerdo con mis enemigos, con usted concretamente, puedo ganar un millón de dólares. Dentro de un par de años me retiro, me voy a vivir a Europa o a América, y me paso el resto de mi vida como un mandarín de los buenos tiempos de nuestro Celeste Imperio. ¿Es fácil de entender, Lo Lao?

—Sí... Sí.

—Magnífico. Pero, además de mi silencio, voy a ofrecerle algo más, a cambio de ese millón: mi ayuda. Ustedes, aunque le haya

dicho usted mismo a Noriko que están en su país, se van a ver en dificultades para sacar de aquí todo el material. En cambio, les sería muy fácil con mi ayuda.

—No necesitamos ayuda de nadie para eso.

—Error. El primer error ya lo cometieron Noriko y su gente al traer ese material americano a estos lugares. Un error y una estupidez. ¡Pero, hombre, si las islas Pescadores están delante mismo de Formosa...! ¿Cómo no llevaron los de la Kasumi el material a esa isla, para tratar allí mismo el asunto de la venta?

—Supongo que no confiaron en nosotros.

—¡Oh...! Vaya, el que ha dicho una tontería he sido yo, entonces. Claro: si hubiesen tratado con ustedes en la misma Formosa habría sucedido eso tan lógico de que los habrían aplastado y les habrían quitado el material americano. Claro... Por eso se vinieron a Macao, que es terreno doblemente neutral: bajo el poder chino, pero bajo el Gobierno portugués... De acuerdo. Todo tiene sentido. Pero insisto: no les va a ser fácil sacar de la costa china ese material, sin mi ayuda.

—Ya le digo que podemos arreglarnos nosotros solos. No veo por qué tiene que insistir tanto en complicarse la vida, Wo Min. Con cobrar su millón tiene bastante. ¿No es así?

—Sí.

—¿Entonces...?

—Está bien. Pero todo lo hago porque no me gustaría perder el negocio, y eso es lo que sucedería si a ustedes los atrapasen...

—Para entonces, usted ya habría cobrado su dinero. ¿Qué podría importarle lo que nos ocurriese a nosotros?

—Si mis compañeros del servicio los atrapan, ¿cree usted que no se enterarían de que yo he intervenido en esto, ayudándoles? Y en tal caso, me despellejarían vivo. Me interesa que ustedes consigan sus propósitos sin el menor contratiempo.

Lo Lao Wang no tuvo más remedio que aceptar aquello.

—En definitiva, parece que tiene usted razón —murmuró—. Pero no soy yo quien debe tomar una decisión al respecto.

—¿Quién, entonces?

—Noriko.

—Bueno: consulte a Noriko.

—¿Desde dónde y cómo?

—Eso es cuenta suya. ¿Por qué no utiliza el teléfono, simplemente? Aunque si quiere, puede ir a esa villa cerca de los Camoens. Eso es indiferente.

—¿Cómo me pondré en contacto con usted, para darle una respuesta?

—Yo buscaré contacto con usted, Lo Lao. Y no se preocupe: puedo hacerlo de varias maneras. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Quiere decir que yo no sé cómo localizarlo a usted, y usted a mí, sí; y que puede matarme en cualquier momento, por lo tanto.

—Es usted listo. Lo Lao. Así que no estaría bien que hiciera tonterías. ¿De acuerdo?

—Sí.

—¿Va armado?

—Claro —masculló el chino.

—Con una mano continúe manejando el volante; con la otra, pero utilizando solo dos dedos, saque su pistola. Luego, pare donde pueda.

Lo Lao Wang obedeció, punto por punto. Mientras él frenaba, Joao Wo Min quitó el cargador de la pistola del chino y se lo guardó en un bolsillo. Tiró la pistola al asiento de atrás y dijo:

—Esto evitará que usted tenga malas tentaciones cuando yo me aleje. ¿Se da cuenta?: hablando se entiende la gente, y ni siquiera ha sido necesario llegar al espigón. Ahora, yo me voy a dar una vuelta por ahí y usted se va a ver a Noriko. ¿Tiene alguna duda?

—No.

—Pues hasta luego. Esté atento a mi llamada. Y procure convencer a Noriko de que le interesa mi colaboración.

Salió del coche y le hizo señas a Lo Lao Wang para que continuase. Se quedó allí unos segundos, viendo alejarse el coche y pensando en algo que podía comprometerlo todo: el micrófono que había colocado en la *suite* de Lo Lao Wang, la 810 del hotel Central.

—Si lo encuentran —reflexionó— sospecharán que soy norteamericano, pues el micrófono no puede ser más made in USA. Y ya no puede serme de utilidad allí, pues evidentemente, Lo Lao no sabe dónde está el material. El tal Noriko es un tío listo... Y yo no tengo por qué serlo menos. Se impone retirar el artefacto de la habitación 810. Así que vamos allá.

Mientras tanto, ya fuera del alcance de la vista de Joao Wo Min,

Lo Lao Wang había vuelto a detener el coche, y de un bolsillo interior de la chaqueta sacó una pequeña radio de bolsillo, cuyo botoncito de llamada apretó, furioso.

CAPÍTULO IV

Sie Su, la bella chinita de las grandes proporciones torácicas, estaba departiendo con un alemán de rostro coloradísimo cuando notó el cosquilleo en el muslo derecho.

Inmediatamente, se inclinó más hacia el alemán, que por un momento tuvo la esperanza de que hubiese un desbordamiento total por el escote. Pero, no. Al parecer, todo estaba previsto.

—Vuelvo en seguida —sonrió la dulce Sie Su.

Se dirigió hacia el tocador. Entró en una de las cabinas, y retiró de su muslo la pequeña radio de bolsillo, sujeta allí con una tira de esparadrapo.

—¿Sí? —musitó.

—Soy Lo Lao, Sie Su. ¿Podemos hablar?

—Dime, Lo Lao.

—Ha habido una interferencia inesperada en esto. Un sujeto que dice llamarse Joao Wo Min, mestizo de chino y portuguesa. Estaba en el octavo piso cuando yo salí de mi habitación, en el pasillo. Lo más probable es que me estuviese esperando, pero quizá estuvo por la sala de juego, o esté alojado en el hotel. Entérate de ello... discretamente. No creo que consigamos nada, pero hay que encontrarle, y pronto. No me sorprendería nada que fuese americano.

—¡Oh!, eso es imposible, Lo Lao: los americanos no tienen pista alguna que los conduzca hacia nosotros.

—Olvidas que había una mujer en el islote, y que no ha sido posible encontrarla. Esto puede ocasionar muchas dificultades, así que hay que encontrar a ese tipo y hacerle hablar.

—¿Has tenido un choque con él?

—No —se oyó el gruñido de Lo Lao—. No me dio ninguna

oportunidad. Dice ser del Servicio Secreto continental, pero insisto en que puede ser americano. Intenta localizarlo... Es poco probable, pero hay que intentarlo todo.

—Está bien... ¿Dices que se llama Joao Wo Min?

—Sí. Es un hombre alto, elegante, de gran desenvoltura... Tiene los cabellos blancos en las sienes. ¡Ah!, y lleva un aparato de ésos para oír, un audífono...

—¿Es sordo? —exclamó Sie Su.

—Lo finge. ¿Algo te sorprende?

—¡Ese hombre ha estado aquí, en la sala de juego del piso ocho!

—¿Qué ha hecho ahí? ¿Ha tenido contacto con alguien?

—No. Sólo ha estado jugando... Espera... Ha estado un buen rato conversando con Nanette, una chica francesa que trabaja también en el piso ocho... ¡Te llamaré más tarde!

—Está bien.

Sie Su cortó la comunicación, volvió a adherir la pequeña radio a su precioso muslo y salió de la cabina. Se miró al espejo del tocador y se contempló con el ceño fruncido.

Movió la cabeza negativamente, fabricó una dulce sonrisa y se dispuso a regresar a la sala de juego. Si aquel hombre y Nanette eran cómplices, ella lo sabría, lo adivinaría en cuanto hablase con ella.

Entró en la sala de juego, le hizo un gracioso gesto de espera al alemán del rostro coloradote y buscó con la mirada a Nanette. La vio de pie junto a la mesa de la ruleta, detrás de un hombre que, éste sí, estaba perdiendo dinero en abundancia, al parecer, porque su gesto se iba tornando más y más sombrío. Sie Su le hizo una discretísima seña a Nanette, y la francesita del escote umbilical se reunió con ella, sonriente.

—¿Ocurre algo? —se interesó.

—Parece ser que el cliente de antes, el sordo, ha tenido un accidente al salir del hotel. Dicen que está malherido.

—Peor para él. Estoy ahora con un inglés que se está dejando la camisa en la ruleta... ¿Cómo te va a ti?

—Bien —murmuró Sie Su, decepcionada—. ¿No te impresiona lo sucedido al sordo?

—¿A mí? —se sorprendió la francesita—. ¡Que se lo lleve el demonio! ¿Por qué habría de importarme un tipo tan impertinente

y estúpido?

—Bueno... Me pareció que ya os conocíais...

Nanette quedó tan auténticamente pasmada, que la chinita comprendió que estaba perdiendo el tiempo.

—¿Que el sordo y yo nos conocíamos...? ¡Ésta es buena! ¡Si lo hubiese conocido de antes, ni me habría acercado a él!

—Claro... ¿Quieres hacerme un favor?

—¿Qué favor?

—Ve a decirle al alemán que me han llamado por teléfono y que tengo que irme en seguida...

—¿Por qué no se lo dices tú? —Se mosqueó Nanette.

—La verdad es que no me encuentro bien... No tengo ganas de hablar. ¿No quieres hacerlo?

—Está bien, está bien... Que te alivies.

Sie Su abandonó la sala de juego. Recorrió el pasillo, y fue a su habitación, la 808, naturalmente, contigua a la de Lo Lao, con quien llevaba bastante tiempo trabajando en Macao para el espionaje de Formosa. Recurrió al teléfono, informándose en la conserjería respecto a la presencia en el hotel de un cliente llamado Joao Wo Min. La respuesta fue negativa. Dio las gracias, colgó y quedó pensativa. La cosa estaba bien clara: si el sordo no estaba alojado allí, encontrarlo iba a ser tan difícil como ganar un millón de dólares en la sala de juego.

Encendió un cigarrillo y quedó pensativa. Lo más probable era que el tal Joao Wo Min, simplemente, hubiese ido allí para conocer el terreno y esperar a Lo Lao Wang. Y eso era todo. Tanto si era americano, como un agente de Mao, no iba a ser fácil encontrarle...

Movió la cabeza, disgustada, y apagó el cigarrillo en el cenicero imitación de jade. Se dirigió a la puerta, abrió... Es decir, comenzó a abrir, pero cerró rápidamente y se quedó como quien ha visto visiones increíbles.

—No es posible —murmuró.

Abrió apenas un centímetro, y miró hacia el pasillo. No... El sordo no estaba allí. Pero, desde luego, ella nunca había tenido visiones hasta entonces, así que... Parpadeó. ¡Claro que había visto al sordo en el pasillo! Abrió un poco más la puerta, sacó la cabecita hacia el pasillo y lo vio, inclinado ante la puerta 810. Retiró la cabeza a toda prisa, cerró silenciosamente y corrió de nuevo hacia

el teléfono, que descolgó.

—Con la planta dos —pidió—. Quiero hablar con Ching. Es urgente...

* * *

Mientras tanto, Joao Wo Min estaba retirando cuidadosamente el pequeño y sensible micrófono de detrás del cuadro donde lo había colocado antes. Se lo guardó en un bolsillo, miró alrededor y reflexionó brevemente sobre la conveniencia de echar un vistazo a las pertenencias de Lo Lao Wang.

—No —decidió—. Lo mejor es que me largue de aquí cuanto antes.

Pensado y hecho. Abrió la puerta, miró cautelosamente a ambos extremos del pasillo, salió y cerró. Con exquisito cuidado, desde luego. Luego, tranquilamente, se dirigió al ascensor. Un minuto después, llegaba a la planta baja y, de allí, a la calle. Se alejó un par de cientos de metros, y entonces llamó un taxi.

Diez minutos más tarde, el taxi se detenía cerca del muelle. Joao Wo Min se apeó y se dirigió hacia el conjunto de chozas flotantes. Saltó a una barcaza, a otra, a otra... Llegó a la suya, se acercó a la puerta y dio tres golpecitos seguidos y tres espaciados a continuación.

Al otro lado de la madera contestaron del mismo modo, así que empujó la puerta y entró.

—Enciende el quin...

No pudo terminar. Unos brazos rodearon su cuello, y acto seguido notó en sus labios el contacto de otros, fríos y rígidos. Casi rudamente, se desasíó del abrazo y masculló:

—Enciende el quinqué.

Segundos después, el quinqué estaba encendido. Joao Wo Min se quedó mirando hoscamente a Iris Wallace, en cuya mano temblaba el fósforo, todavía encendido.

—¿Qué pasa? —masculló Joao—. ¿Soy el hombre de tu vida, nena?

Iris le miró durante unos segundos, fijamente. Luego, se sentó en el suelo sucísimo y bajó la cabeza. Joao Wo Min se quitó el disfraz, y quedó de nuevo convertido en Paulo Antonio César Craveiro. O, más exactamente, en el agente de la CIA Ian Randolph Lawrence.

—¿Estás bien? —preguntó ella, de pronto.

—Sí.

—¿Has conseguido algo?

—Bastante. ¿Cómo te ha ido por aquí?

—Bien... Pero no me gusta este lugar.

—Yo también preferiría una villa en Miami Beach, y aquí me tienes. Me gustaría saber —frunció el ceño— si te estás acostumbrando a besarme.

—Simplemente, me alegré tanto de tu vuelta... ¿Cómo puedes vivir en un sitio como éste?

—No vivo aquí. Sólo trabajo aquí.

—Huele muy mal.

—Atiza —casi sonrió Ian Lawrence—. ¿A que va a resultar que, sin saberlo, tengo hospedada a una princesa?

—Paulo —ella le miró con los ojos muy abiertos—, sabemos ya lo suficiente para entrar en acción. Terminemos cuanto antes y marchémonos.

—Me parece que no te he entendido bien... ¿Qué has querido decir, princesa?

—Sabemos ya que los de la Kasumi están en esa villa cerca de los Jardines de Camoens... Son los que se llevaron el material. Lo único que tenemos que hacer es utilizar la radio de la casa de la Rue da Felicidade para llamar a unos cuantos compañeros de la CIA, los suficientes para atacar esa villa y recuperar el material.

Ian Randolph Lawrence se quedó mirando, primero incrédulamente y luego con sorprendente amabilidad a la muchacha de los rubios cabellos. Fue a sentarse a su lado, vio sus piernas al descubierto y deslizó un dedo por un muslo.

—Escucha, para hacer eso no me habrían enviado a mí solo, pequeña. En cuanto se recibió tu mensaje, podían haber inundado de agentes de la CIA toda la zona de Macao. Y por supuesto, no serían armas lo que nos faltase. Pero en jefatura se hicieron una pregunta: ¿dónde está el material? En cuanto yo llegué aquí, me dijiste que los de la Kasumi estaban en esa villa, y ahora te pregunto: ¿te parezco un bobo?

—No... No, no... ¡Oh, no!

—Pues tú me lo pareces a mí, princesa. La Kasumi es una organización que funcionaba muy bien hace tiempo, dedicada a las

mil pillarías que puedas imaginar. De pronto, desapareció, dejó de funcionar. Y ahora, tú me has vuelto a hablar de ella. Su nombre, kasumi, es una de las pocas palabras que conozco del idioma japonés. Ya te dije lo que significa: niebla. ¿Te sugiere algo eso?

—Bueno... No sé...

—Pues que se desvanecen como la niebla. Siempre. Supongamos que atacásemos esa villa, en la cual hay un jefe llamado Noriko... ¿Qué crees que pasaría?

—¿Se... desvanecerían... como niebla?

—Es bastante probable. Y la siguiente pregunta: ¿crees que una gente que está siempre dispuesta a desaparecer sin dejar rastro van a tener nuestro material del islote en una villa?

—No. —Iris se mordió los labios—. No, claro.

—Entonces, hicieron bien en enviarme a mí. Yo tomaré las decisiones después de estudiar los datos que vaya obteniendo. Eso es lo que esperan nuestros jefes. Y, básicamente, lo que quieren es recuperar el material. Así las cosas, suponte que atacamos la villa y que matamos a todos sus ocupantes... ¿De dónde sacamos una nueva pista para encontrar el material... que han valorado en cincuenta millones de dólares?

—¿Cincuenta...? ¡Pero vale muchísimo más!

—Todos sabemos eso. Pero la cantidad que están dispuestos a pagar los chinos de Formosa es ésa, por medio de su agente Lo Lao Wang.

—¿Quién es ése?

—El ocupante de la habitación 810 del hotel Central.

—¿Lo has visto? —exclamó Iris.

—Algo más que eso —sonrió Paulo Antonio—. Verás, estuve en la sala de juego del piso octavo, pero antes, en la habitación 810 coloqué el micrófono que...

La explicación duró tres o cuatro minutos. Para cuando terminó. Iris Wallace miraba con ojos asustados a Paulo Craveiro.

—Pero... si aceptan tu ayuda para sacar el material del continente... significará que tendrás que introducirte en ese grupo...

—Evidentemente.

—¡Es muy peligroso!

—Lo sé. Incluso es posible que Lo Lao haya olfateado mi

procedencia estadounidense, pero ¿qué quieres?, tengo que saber, sea como sea, dónde está ese material. Y me temo que solamente así tendré alguna probabilidad de acercarme a él.

—Te pueden matar...

—Sí.

—Pe... pero... ¿qué..., qué hago yo si te matan...?

—No te preocupes. Dejaré preparada tu fuga de Macao antes de meterme en ese lío.

—No..., no me refería a eso...

—¿Ah, no? ¿A qué, entonces?

Iris Wallace bajó la mirada.

—No sé —musitó.

—Me pregunto —la miró con curiosidad Paulo— qué demonios pensabas tú que era trabajar para la CIA. De verdad, princesa: no encajas en esto. Y hasta es posible que todavía no te hayas enterado de que la CIA es el servicio de espionaje más puerco que existe actualmente en el mundo. Luego, yo soy un puerco —sonrió secamente, y miró su reloj—. Se va acercando el momento de llamar a Lo Lao Wang. Cerca de aquí hay un bar desde cuyo teléfono...

Se calló, de pronto.

La choza se había movido. Es decir, toda la barcaza... Paulo Craveiro llevó rápidamente la mano derecha a la axila izquierda, pero en aquel mismo instante se abrió la puerta violentamente y dos chinos armados de pistolas saltaron al interior de la vivienda, apuntándoles rápidamente, mientras uno de ellos gritaba:

—¡Quietos!

Ian Randolph Lawrence se quedó con la mano derecha sobre la culata de la pistola, inmóvil. En su mirada pareció arder una llamarada perversa..., pero otro chino apareció tras los dos primeros, también armado con una pistola, que apuntó ostensiblemente hacia Iris.

—No se muevan —susurró; miró a Paulo Antonio—. Sólo usted: retire la mano de ahí. Con cuidado.

El agente de la CIA obedeció, lentamente. El tercer chino se colocó en el umbral, e hizo una seña hacia el muelle. Entró de nuevo, se acercó por detrás a Paulo, que seguía sentado en el suelo y le quitó la pistola, que se metió en el borde de los pantalones.

A los pocos segundos, la chinita de los superdesarrollados senos apareció en la puerta, miró a los dos americanos sentados en el suelo y luego al chino.

—¿Dónde está el sordo, Ching?

—No hay nadie más aquí —dijo el tercer chino.

Sie Su parpadeó, desconcertada. Miró a los otros dos chinos.

—Mei, Liang, registrad esto... Debe haber una radio en alguna parte —tras estas instrucciones miró fijamente a Paulo, acercándose a él—. ¿Dónde está Joao Wo Min?

—Ha salido a comprarnos caramelos.

La chinita se quedó mirando perversamente a Paulo, cuya respuesta, evidentemente, no le había gustado.

—¿Y cuándo volverá?

—¿Dice que lloverá? —Se llevó Paulo una mano tras una oreja.

—No. Digo... —Los ojos de Sie Su se abrieron por el asombro—. ¡Ah! ¿De modo que es usted?

—No —dijo Paulo—. No me gusta el pastel; sólo los caramelos.

—Entiendo —rió la chinita—. Lo que no entiendo es que se haya usted descubierto tan tontamente, señor Wo Min.

Paulo Antonio sonrió irónicamente, y señaló al chino que se acercaba a Sie Su con los elementos de su disfraz, que había encontrado fácilmente, ya que el espía no había tenido la precaución de ocultarlos bajo las tablas.

—¡Ah! ¡Ah...! Sí, claro, lo habríamos sabido en seguida, de todas formas. ¿No es eso?

—Desde luego —asintió Paulo—; sí, me gusta el queso.

Sie Su se limitó a sonreír. Se subió la falda, retiró de allí la pequeña radio y efectuó la llamada. Oyeron la voz de hombre y ella dijo algo en chino, rápidamente, y cerró la radio.

Iris murmuró:

—Ha dicho...

—Lo he entendido —masculló Paulo Antonio—: le ha dicho a Lo Lao que somos dos y que nos tienen en la barcaza que antes le ha mencionado. O algo así. ¿No?

—Sí. —Iris le miraba atónita—. Te han seguido desde el hotel Central.

—No tienes por qué recordarme lo imbécil que puede ser un agente considerado de primera categoría —gruñó Paulo, de pésimo

humor—. Yo estoy intentando ser razonablemente amable contigo, ¿no es así?

—De modo —intervino Sie Su— que los dos son americanos... Y pensando un poco, ella debe ser la mujer que estaba en el islote. ¿Es eso?

—Ya he dicho que sí me gusta el queso.

Liang y Mei le dijeron algo a Sie Su, y ésta encogió los hombros. No habían encontrado nada por allí, lo cual ella misma podía comprender, pues en aquel asqueroso lugar una radio habría sido localizada inmediatamente.

—¿Quién vive aquí? —preguntó Sie Su.

—El presidente de los Estados Unidos: es su finca de verano.

Ching se acercó a Paulo, inexpresivo. Se detuvo delante de él y de pronto echó hacia delante la rodilla derecha, que dio de lleno en la nariz y boca del espía americano, tirándolo violentamente de espaldas. Paulo Antonio pareció rebotar, pero ni siquiera llegó a terminar de ponerse en pie, porque otro de los chinos le aplicó un ferocísimo puntapié en el hígado. El espía abrió los ojos, su boca se crispó angustiadamente y volvió a caer de espaldas, quedando inmóvil, con la boca y la nariz sangrantes.

Palidísima, Iris se acercó a él y colocó la cabeza en su regazo...

—Buena idea —dijo Sie Su—: cuide su vida, porque Lo Lao tiene que hacerle algunas preguntas. Y no tardará en llegar. Mientras tanto, quizá usted prefiera hablar de otra cosa que no sea el queso... ¿Es la mujer que estaba en el islote?

—Sí —murmuró Iris.

—Estupendo.

Iris Wallace se dedicó a contemplar el rostro del desvanecido Ian Lawrence. Muy bien, habían enviado al mejor hombre disponible para aquella misión de recuperación del importantísimo material. Y ahora, aquel hombre, el mejor, estaba caído en su regazo con los labios partidos y seguramente rota la ternilla de la nariz... Hecho un guiñapo, en suma.

Con lo cual...

Tuvo que hacer un gran esfuerzo para no lanzar una exclamación cuando el ojo derecho de Paulo Antonio se abrió, la miró y efectuó el guiño rápidamente, para quedar de nuevo cerrado. Una bola fría, o algo parecido, comenzó a circular velozmente por

el estómago de Iris Wallace... ¿Paulo no estaba sin sentido? ¿Entonces...?

Pasó un minuto, dos, tres... Finalmente, cuando aún no habían transcurrido diez, Sie Su notó el cosquilleo en el muslo y retiró la radio, atendiendo la llamada.

—¿Sí?

—Hemos llegado. Traigo tres hombres más, bien armados... ¿Todo está bien ahí, Sie Su?

—Puedes venir con tranquilidad, Lo Lao. Tenemos controlada la situación —guardó la radio de nuevo, y miró a uno de los chinos—. Mei, sal afuera, para que Lo Lao te vea, y sepa cuál es exactamente la barcaza.

Mei asintió con la cabeza, y se dirigió hacia la puerta, pasando junto a Iris y al desvanecido Paulo Antonio... Es decir, intentando pasar... Una mano de hierro lo asió por el tobillo, y dio un tirón fortísimo, de modo que Mei se fue al suelo, de bruces, lanzando una exclamación, que resultó menos fuerte que el grito del espía americano:

—¡La pistola, Iris!

Iris Wallace parecía petrificada, pero no así Paulo, que estaba ya de pie ante Ching, cuyo respingo quedó cortado al recibir en la punta de la barbilla el espantoso directo. Fue un puñetazo escalofriante, que no sólo tiró lejos a Ching, sino que, partiéndole la mandíbula y de rechazo la base del cráneo, lo convirtió instantáneamente en cadáver.

Cayó como un extraño muñeco en un rincón, y eso fue todo.

Plop, sonó el disparo efectuado por Liang.

Paulo lanzó un grito, cuando la bala pasó rozando su muslo derecho, abriendo un surco ardiente..., pero no por ello detuvo el golpe con esa pierna, motivo por el que la bala dio allí: la había levantado velozmente, de modo que el pie iba hacia la cabeza de Liang, describiendo un arco exterior. Y al mismo tiempo que Paulo recibía la herida, la punta de su pie golpeaba en la sien izquierda del chino, que salió despedido de costado, con los ojos en blanco, al ser acertado de lleno por la patada circular de karate.

Mientras tanto, estaban reaccionando al mismo tiempo el chino Mei, la chinita Sie Su, y la norteamericana Iris Wallace... El chino Mei apenas tuvo tiempo de revolverse para ponerse en pie. Estaba a

medio incorporar cuando Paulo se colocó ante él, y disparó su puño derecho, como si fuese un émbolo en función de abajo a arriba... El puño se hundió en el vientre de Mei, que quedó del color de la cera, desorbitados los ojos, desencajadas las mandíbulas.

Pero no hubo piedad.

Paulo Antonio volvió a golpear, en el mismo sitio, y pareció que Mei se rompía cayendo contra el suelo, como destrozado, atravesado por aquel brazo y puño de acero.

En ese mismo instante, sonaba el chasquido del disparo.

Plop.

Y Sie Su, que estaba detrás de Paulo Antonio con el centelleante puñal en alto, dispuesta a clavárselo en la espalda, fue empujada contra ésta por la bala que dio en su nuca. Rebotó al mismo tiempo que Paulo se volvía, preparando de nuevo el terrorífico puño de acero...

Pero Sie Su, con los desorbitados ojos cubiertos por la sangre que brotaba por el boquete abierto por la bala al salir por su frente, cayó hacia atrás, con blando chasquido, con visible movimiento pectoral, que terminó cuando uno de los senos quedó fuera.

Paulo miró a Iris, que empuñaba la pistola y miraba a la chinita con ojos desorbitados.

—Vámonos de aquí inmediatamente —dijo, con voz ronca.

Ella le miró, pero evidentemente, no le había oído. Es decir, le había oído, pero no le había escuchado; quizá ni siquiera le había entendido... La barcaza se movía con fuerza, como si el mar se hubiese agitado de pronto. Pero no; eran las personas las que se habían agitado, haciendo oscilar la barcaza...

—¡Sie Su! —Llegó la voz, de muy cerca, en el exterior.

Iris Wallace dejó de mirar a la chinita, y miró a los tres chinos, moviendo la pistola hacia ellos...

—Están muertos —dijo Paulo, arrodillándose—. Ven aquí.

Abrió el escondite, pero esta vez hizo el agujero más grande, tirando tablas a un lado.

Metió rápidamente todas sus cosas en una gran bolsa de plástico..., mientras en las paredes de la choza comenzaban a clavarse algunas balas. Paulo miró de nuevo con expresión tensa a la muchacha.

—¡Iris! ¡Ven aquí! Deja a éstos: están muertos.

La muchacha se acercó a Paulo, gateando, sin soltar la pistola. Por encima de ellos, comenzaron a entrar las balas, por una de las pequeñas ventanas laterales. Un par de ellas rebotaron con agudo tañido... Y de pronto, el quinqué saltó en pedazos, y una mancha de fuego móvil se extendió por el piso...

Paulo Antonio cerró la bolsa de plástico, mirando a Iris vivamente.

—Supongo que es una tontería preguntarte si sabes nadar.

—S-s-s-síiii... Sí...

—Pues hay que nadar. ¡Vamos, vamos!

La empujó rudamente hacia el gran boquete abierto en el piso, y la muchacha cayó de rodillas en un lugar tan oscuro que el resplandor de las llamas que tenía, por encima parecía el más terrible incendio. Paulo cayó casi encima de ella, aplastándola. La apartó, se colocó de lado, y disparó su pierna derecha contra el tabique, que saltó..., dejando entrar una tromba de agua maloliente, que hizo respingar a Iris.

—¿Quieres despertar de una vez? —jadeó él, empujándola.

Pero el agua entraba con tanta fuerza que Iris no podía contra ella... Agua debajo y delante. Fuego encima...

—Lléname los pulmones de aire: será más fácil salir, cuando este agujero esté lleno.

Aterrada, Iris Wallace se dio cuenta de que el agua llegaba rápidamente a su barbilla, a su boca, nariz, ojos... Había cerrado éstos, tras llenar los pulmones de aire.

Ya no supo nada, excepto que una mano de Ian Randolph Lawrence la había asido fuertemente por una de las suyas...

* * *

Afuera, iluminados por las llamas de la barcaza que se estaba incendiando rápidamente, Lo Lao Wang y sus tres acompañantes, repartidos de modo que controlaban la choza ardiente, desde otras barcasas, miraban hacia allí, atentos, listos para disparar si quien salía de aquel pequeño infierno no era Sie Su o cualquiera de sus tres amigos. Alrededor de ellos se oían gritos de terror, y aparecían chinos y más chinos, y mujeres cargadas con niños que lloraban a todo pulmón. Las mujeres saltaban de barcaza en barcaza, hacia el muelle, mientras los hombres saltaban al agua, algunos, y otros

empujaban sus barcazas para separarlas de la que ardía... El griterío era espantoso, y las llamas iluminaban una escena de terror y de miseria, reflejándose en las sucias aguas.

Lo Lao Wang y sus tres compinches sólo tenían ojos para la barcaza que ardía. Pero de allí no salía nadie... Absolutamente nadie. En menos de un minuto, la barcaza quedó aislada, y ardiendo ya de tal modo, que Lo Lao Wang tuvo que comprender que nadie saldría vivo de ella. Hizo una seña a sus hombres, y los cuatro fueron saltando de una a otra barcaza, hasta el muelle. Una vez allí, corrieron al coche.

Lo Lao Wang se sentó ante el volante, esperó a que todos estuvieran dentro del coche, y lo puso en marcha, alejándose rápidamente de aquel lugar al que no tardarían en llegar los bomberos y la policía...

—¿Qué habrá pasado? —murmuró el chino que se había sentado a su lado.

—No sé. Pero lo seguro es que los americanos han muerto.

—Sie Su y los otros también han muerto.

Lo Lao Wang no dijo nada.

Y los demás le imitaron.

A fin de cuentas, todo estaba dicho... Por lo menos, respecto a los muertos.

Lo Lao Wang sacó un pañuelo, y se lo pasó por la frente, agitado, nervioso.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—Las doce y diez.

—Maldita sea... Le dije a Noriko que llegaría allá lo más tarde a las once y media...

—Cuando le expliques lo sucedido, comprenderá.

—¿Estás loco? —aulló Lo Lao—. ¡Por supuesto que no pienso decirle nada de lo sucedido! Lo hubiese hecho, desde luego, si Sie Su no hubiese localizado tan pronto al americano que dijo llamarse Joao Wo Min, decidí callar. Por eso no fui allá, sino que vine aquí inmediatamente, a ver qué le sacaba a Wo Min. Pero ahora ha muerto, y no veo la necesidad de alarmar a los de la Kasumi. Es lo mejor. Como si nada hubiese ocurrido... Iré allá, cerraré el trato con Noriko, y pronto tendremos ese material, que es lo único que interesa.

—Pero el dinero todavía no ha llegado.

—Me lo llevarán mañana al hotel, en una maleta. Todo está previsto.

—Todo, menos la muerte de Sie Su y los otros tres... ¿Cómo las explicarás?

—Siempre se tienen contratiempos, ¿no?

—Sí, pero en este caso, ese contratiempo ha significado un choque con los americanos. Y en Formosa no gustará saber que los americanos, amigos nuestros, han estado a punto de enterarse de que nosotros queremos quedarnos con ese material suyo, en lugar de devolvérselo.

—¿Y por qué han de saber eso en Formosa?

—Bueno... Hay cosas inevitables, Lo Lao.

—Lo único que tenemos que decir es que Sie Su, y los otros tres, han caído en un choque con los chinos continentales.

—Sí... Claro.

Lo Lao Wang volvió a pasarse el pañuelo por la frente. Pero a pesar de estar sudando, sentía frío. ¿Quiénes sabían que los americanos habían chocado con ellos? La respuesta era: dos americanos, que habían muerto en la barcaza; Sie Su, Mei, Liang y Ching, que evidentemente, también habían muerto; él mismo; y los tres compañeros del servicio secreto de Formosa que le acompañaban en el coche...

Poco después, uno de estos compañeros murmuró, extrañado:

—¿Adónde vamos?

—A ver a Noriko.

—Pero... éste no es el camino hacia la villa...

—Tengo que recoger algo antes, en un sitio.

No tardaron mucho en encontrarse fuera de la ciudad. Y muy poco después, Lo Lao Wang detuvo el coche, farfullando irritado.

—¿Qué pasa? —preguntó uno de los chinos que iban atrás.

—No lo sé. Noto algo raro en el motor... Vamos a echar un vistazo, Poi.

Salieron él y el chino que viajaba a su lado. Poi alzó el capó, se inclinó..., y recibió en la sien la bala disparada por Lo Lao, y que lo mató en el acto, destrozándole la mitad de la cabeza. Inmediatamente, Lo Lao corrió hacia la ventanilla del volante, se asomó, y metió la pistola, apuntando hacia el asiento de atrás.

—Lo Lao, ¿qué...?

Plop. Plop. Plop. Plop.

Cuando Lo Lao se alejó de allí, los cadáveres de Poi y los otros dos, estaban entre unas matas. Nadie diría nada. Estaba a salvo.

CAPÍTULO V

Iris Wallace no lo podía creer: estaba a salvo.

Sí.

Después de todo, se hallaba, sana y salva, en la casa de la Rue da Felicidade, envuelta en una sábana, y notando cómo el calor iba volviendo a su cuerpo. En realidad, no recordaba muy bien lo sucedido desde que cerró los ojos un instante antes de que el agua inundase completamente la pequeña cámara de escape de la barcaza. Había estado a punto de morir, eso sí lo recordaba...

Había comenzado a tragar agua, pero, de pronto, se encontró respirando aire, contemplando ante ella una gran lámina de color rojo.

«¿Estás bien?», había oído la voz jadeante.

Al volver la cabeza había visto a Paulo, y, más allá, la barcaza, ardiendo, tiñendo de rojo las aguas. Y mucha gente saltando al agua desde otras barcasas, que eran separadas rápidamente. Paulo aún la tenía asida por una mano. Había movido la cabeza afirmativamente, eso fue todo. Luego, nadaron hacia otras barcasas más alejadas, y finalmente subieron a una, ya lejos del incendio, y desde allí pasaron al muelle. Paulo llevaba una bolsa muy grande, con cosas dentro, reluciente por el agua que chorreaba...

«Tendremos que ir a pie. No importa que estemos empapados: nos mirarán con curiosidad, y eso será todo».

Paulo había tenido razón. Llegaron a la casa de la Rue da Felicidade, y allá, él la ayudó a quitarse la ropa mojada, que parecía formar parte de su piel, y olía muy mal. Luego, la había envuelto con una sábana mugrienta, antes de desnudarse él y ponerse unas ropas que sacó de aquella gran bolsa. Finalmente, Paulo le había dejado una pistola sobre una silla, y se había marchado.

¿Cuánto hacía de eso? ¿Una hora? ¿Dos? Ni siquiera sabía qué hora era.

Así estaban las cosas cuando, de pronto, oyó un ruido fuera de aquella habitación. Sus ojos giraron velozmente hacia la pistola. Sacó un brazo de debajo de la sábana, y sus dedos asieron crispadamente el arma que le había dejado Paulo antes de marcharse...

—Soy yo —oyó.

Sus dedos se relajaron en el acto. Paulo apareció, vestido con aquellos sucios pantalones y el jersey negro, y con la barba. Se quitó ésta, y dejó junto a ella, sobre la cama, un paquete.

—Te he comprado ropa —dijo.

Iris miró el paquete, y de nuevo al espía. Al auténtico espía, sobre cuyos recursos ella había dudado... Tenía los labios hinchados, y también la nariz, pero allá estaba, vivo, dispuesto a seguir trabajando.

—¿Dónde has estado? —musitó.

—En el hotel Central.

—¡Por Dios! —Respingó Iris.

Paulo Antonio se sentó en el borde de la cama, encendió un cigarrillo colocándose en un lado de la boca muy cuidadosamente, y echó el humo hacia el techo.

—Y no te lo vas a creer —susurró—: Lo Lao Wang ha vuelto allí. Aunque... sí. Es lógico, ya que seguramente cree que todos los que estábamos en mi choza hemos muerto. Por lo tanto, se siente tranquilo, y dispuesto a seguir adelante con la operación. Eso es muy interesante. Por el momento, significa que no es necesario que llamemos por la radio pidiendo acción inmediata contra la villa por parte de nuestros compañeros. ¿Lo comprendes?

—No...

—Si Lo Lao Wang hubiese huido habríamos tenido que atacar inmediatamente la villa, ya que su huida habría significado un cambio de planes por su parte y lógicamente, para seguir con el negocio, habría advertido a ese tipo llamado Noriko para...

—Noriko es nombre de mujer —respingó Iris—. ¿No lo sabías?

—No. Maldita sea mi estampa... ¿Estás segura?

—Claro.

—Esto me pasa por no especializarme en asuntos japoneses. Pero

no se puede saber todo en la vida... ¿Qué te parece? Una mujer... Bien, ¿qué más da? El caso es que Lo Lao Wang habría avisado a Noriko para que levantara el campo, de esa villa. Pero si Lo Lao sigue en el hotel, es que se considera a salvo, y que va a seguir con la operación. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí. ¿No vas a llamar a los nuestros, entonces? Deben estar esperando...

—Lo sé. Pero no... Todavía no voy a llamarlos... ¿Se te ocurre por qué Lo Lao ha vuelto al hotel Central?

—No.

—Está esperando algo, o a alguien. Y por las circunstancias que sean, sólo puede hacerlo ahí, en el hotel. Seguramente, Lo Lao ya ha llegado a un acuerdo definitivo con Noriko... Supongo que sí se te ocurre qué clase de acuerdo.

—La compra de nuestro material.

—Exacto. Y para comprar ese material, Lo Lao debe tener cincuenta millones de dólares. En efectivo, naturalmente.

Iris abrió mucho los ojos.

—¿Crees que está esperando que le lleven al hotel... cincuenta millones de dólares?

—¿Te parece descabellado?

—No sé.

Durante un par de minutos, Paulo estuvo fumando, pensativo, con la mirada fija en el humo del cigarrillo, como si los dibujos del humo fuesen un jeroglífico que, al resolverlo, le proporcionasen la solución.

—Es mucho dinero —musitó por fin—. Pero a veces, las cosas que parecen más complicadas tienen una solución sencilla.

—¿Qué piensas hacer?

Paulo Antonio casi sonrió.

—Te voy a necesitar —dijo—. Pero si no te encuentras en condiciones de ayudarme, dilo francamente.

—Te ayudaré.

Paulo fue adonde tenía la gran bolsa de plástico, la abrió y comenzó a sacar todas las cosas que había tenido ocultas en el doble piso de la choza. Dedicó tres o cuatro minutos a seleccionar el material que iba a necesitar, y por fin asintió con la cabeza.

—Tenemos lo necesario —dijo, satisfecho—. Y considerando la

posibilidad de que todo me salga bien, se impone hacer una llamada por la radio.

—¿Vas a llamar a nuestros compañeros, por fin?

—Así es. Pero tendrán que mantenerse muy discretamente al margen de todo lo que ocurra..., hasta que llegue el momento preciso. Y, princesa, si esto me falla, podemos despedirnos del material... y de la vida. Esto sí lo entiendes, ¿verdad?

—Sí.

—Aleluya. Voy a llamar por la radio.

Salíó del cuarto. Regresó diez minutos más tarde, y se quedó mirando a Iris, que seguía igual, envuelta en la sábana.

—Asunto arreglado —frunció el ceño—. ¿Pretendes ir por ahí convertida en un fantasma? Ya tendrías que estar vestida.

—¿Ya empezamos a trabajar?

—Ya empezamos, no: seguimos trabajando.

—Me pareció... que no teníamos prisa.

—Pues te equivocaste. Así que vístete. ¡Oh, bien!; entiendo... Ya te dejo sola, no faltaba más. Aunque bastará que, simplemente, me vuelva de espaldas, supongo.

Así lo hizo. Cruzó los brazos sobre el pecho, y se quedó mirando la pared. Oyó crujir la silla cuando Iris se puso en pie. Luego, el rumor de la sábana al caer al suelo. Después, muy leve, el rumor de los pies descalzos sobre el suelo.

—Paulo —notó el aliento de ella en la nuca.

—¿Sí?

—Yo te amo.

—¡Vete al cuerno!

—Te amo... Y no quiero que te maten. Vuelve a llamar a los nuestros, y diles que vengan ya, que intervengan inmediatamente...

—Ésa es la diferencia entre tú y yo, princesa —murmuró él—. Tú eres una simple espía de pacotilla, cuyo único mérito, según entiendo, es conocer el idioma chino. Yo soy mil veces espía, eso es todo. Pienso y vivo como espía, y siento como espía. Ésa es mi vida, y no pienso cambiarla. ¿Y sabes cómo se es mil veces espía?

—No.

—Haciendo lo que conviene al servicio, no a uno mismo. Lo que ahora conviene al servicio, es lo que yo voy a hacer. Tú, en cambio, quieres que hagamos lo que te conviene a ti. Ésa es la diferencia. O

ser un simple espía de vuelo rasante, o ser mil veces espía. Vístete. Tenemos mucho que hacer.

—¿No quieres mirarme?

—No.

—¿Ni quieres... dedicarme unos minutos?

—No.

—¿No me amas?

—¡Qué estupidez!

—Pero dijiste que yo te parecía muy hermosa...

—Eso es cierto.

—¿Y no deseas nada de mí?

—Lo único que yo deseo en estos momentos es seguir siendo mil veces espía. Y te lo diré otra vez: seguimos trabajando.

—Ellos también estaban trabajando... Y sé que deseaban lo que tú estás rechazando. Quizá... debí entregárselo. Estábamos tan solos allí, tan abandonados... Yo sabía que Seymour y Jake lo deseaban, pero jamás intentaron... forzar la situación. Me siento culpable por eso, ahora.

—Ellos están muertos. Déjalos en paz. Y a mí también... No pretendas compensar conmigo lo que les negaste a ellos.

—No es por eso... No lo entiendes. Sólo pienso... que si vamos a morir, no quisiera que tú tampoco hubieses tenido algo que hubieses deseado. Tú no, Paulo.

—Ya te he dicho lo único que yo deseo. Tienes dos minutos para vestirme.

Se volvió exactamente dos minutos más tarde. Iris Wallace ya estaba vestida, y le contemplaba fijamente, inmóvil. Ian Randolph Lawrence señaló todo el material que había seleccionado.

—Te diré cómo funciona todo esto, y lo que pretendo hacer. Si cuando haya terminado la explicación, no estás segura de poder hacer todo lo que será necesario, me lo dices. Veamos...

CAPÍTULO VI

Lo Lao Wang vio el dinero llenando la vieja maleta, y sonrió sin poder ocultar su satisfacción, su gesto de triunfo. Luego, miró al chino que poco antes había llegado a su *suite* cargado con el fabuloso equipaje.

—De acuerdo —susurró—. La operación terminará esta noche.

—Así lo comunicaré. ¿Todavía no sabes dónde tienen que ir los nuestros a recoger el material americano?

—No. Esa mujer es muy desconfiada. Pero cuando vea el dinero, todo irá bien.

—Convendría que supiésemos, cuanto antes, el lugar donde ha de ser recogido todo, a fin de preparar el transporte más adecuado.

—Avisaré por radio, en cuanto lo sepa.

—Está bien. ¿Alguna dificultad?

—Hasta el momento, que yo sepa, no —mintió Lo Lao—. Anoche todo estaba bien.

El otro chino asintió con la cabeza, dirigió una mirada al dinero, y se dirigió hacia la puerta, seguido de Lo Lao Wang, que la abrió. Se despidieron con una simple mirada, y Lo Lao regresó a donde estaba la maleta. Cincuenta millones de dólares... En apretados fajos de billetes de mil. Tan sólo conseguir aquella cantidad, y en aquellas condiciones, era ya toda una proeza del espionaje de Formosa. Cincuenta millones de dólares...

Por un instante, Lo Lao Wang pensó en la posibilidad de quedárselos, de desaparecer con ellos. Pero acabó moviendo negativamente la cabeza, sonriendo... No quería más complicaciones. Sobre todo, teniendo en cuenta que si engañaba a los suyos en aquel aspecto, no viviría demasiado. Lo encontrarían, sin la menor duda. Era mejor hacer las cosas bien, y triunfar,

poniendo en manos de sus jefes el fantástico material que la Kasumi había arrebatado a los americanos. Y con ese material en su poder, el Gobierno de Formosa podría ejercer no poca presión sobre Estados Unidos...

Bien, eso ya no era cuenta suya. Cerró la maleta, miró la hora en su reloj de pulsera, y frunció el ceño. Las seis de la tarde. Demasiado pronto para ir por ahí con cincuenta millones de dólares... Aunque..., ¿quién iba a pensar que en una vieja maleta había semejante cantidad de dinero?

Descolgó el teléfono, y marcó un número.

—¿...?

—Soy Lo Lao Wang. Quiero hablar con Noriko.

—...

—Sí, espero —dirigió una mirada a la maleta, sonriendo—. ¿Noriko? Lo Lao. Saldré para ahí, con la mercancía, a las siete en punto.

—...

—No. No habrá retrasos esta vez.

—...

—Seguro que sí. Hasta luego.

Colgó el auricular, y fue a sentarse. Encendió un cigarrillo, y se dedicó a pensar, a repasar todos los movimientos que tenía que hacer a partir del momento en que saliese del hotel con el dinero. Cinco minutos más tarde, estaba convencido de que no había fallo alguno.

Y a las siete en punto, salió del hotel, con la maleta. Se dirigió a donde tenía estacionado el coche, colocó la maleta en el portaequipajes, lo cerró, y fue a sentarse ante el volante. Estaba introduciendo la llave en la ranura del contacto, cuando una sombra empequeñeció la ventanilla de su lado. Un tanto sobresaltado, volvió la cabeza, y vio el rostro del barbudo marino.

—¿Qué le pasa a usted? —Gruñó—. ¿Qué quiere?

—Una limosna, por favor.

—Largo —casi gritó Lo Lao—. ¡No moleste!

—¿Dice usted que me acueste?

—¡Digo...!

Lo Lao Wang no dijo nada más. Se quedó de un extraño color gris, mientras se sentía incapaz de mover ni siquiera un párpado. El

barbudo marino se colocó una mano tras una oreja, adelantando ésta como para recoger mejor las palabras.

—¿Decía usted? Grite un poco más, por favor. Es que soy sordo, ¿comprende?

—Usted... usted está muerto... —jadeó el chino.

—¿Que soy tuerto? Pues quizá, pero tengo por aquí otro ojo, ¿lo ve?

Lo Lao bajó la mirada, y vio en el borde de la ventanilla el oscuro ojo del cañón de una pistola; es decir, el ojo de un silenciador. Permaneció inmóvil cuando el barbudo marino dejó de torturarse una oreja, para deslizar la mano bajo su chaqueta y quitarle la pistola.

—En cambio —dijo el marino—, usted parece mudo. Le diré lo que vamos a hacer; salga del coche, pase por delante y siéntese en el otro lado. Yo iré detrás de usted. Cuando esté sentado allá, se desplaza de nuevo a este asiento, y yo me sentaré junto a usted. ¿Lo entiende? Y cuidado con mi ojo perverso.

Lo Lao Wang obedeció. Segundos después, los dos estaban sentados, de nuevo Lo Lao al volante, bajo la amenaza de la pistola.

—No me gusta repetirme —dijo el barbudo—, pero a veces es necesario. Arranque, Lo Lao.

—¿Adónde... adónde vamos?

—Arranque. Y tome el camino de la villa de Noriko. Pero antes de ir allá, daremos un paseo por los Jardines de Camoens, que están tan cerca de la villa. ¿Le gustan los jardines?

Lo Lao se pasó una manga por la frente, y puso en marcha el coche. El barbudo sacó una radio del bolsillo de su pantalón, y apretó el botón de llamada.

—¿Sí? —contestó una voz femenina.

—¿Okay? —preguntó el barbudo.

—Okay.

—Vale.

Se guardó la radio, y miró aviesamente al chino.

—¿Se da cuenta? Debió aceptar mi primer trato, Lo Lao, en lugar de querer matarme.

—Todavía... todavía podemos... llegar a un acuerdo.

—Formidable proposición. Y quizá lleguemos a ese acuerdo si contesta a una sola pregunta. Fíjese bien, a una sola: ¿dónde está el

material americano?

—No lo sé... ¡De verdad que no lo sé! Pero lo sabré muy pronto... ¡Y se lo diré!

—Voy a reflexionar sobre el modo de enfocar de nuevo el asunto —frunció el ceño el barbudo—. Usted vaya hacia los jardines. Con la boca cerrada: tengo que pensar.

Llegaron en poco más de diez minutos a los Jardines de Camoens. El barbudo ordenó a Lo Lao que detuviese el coche, y el chino obedeció.

—¿Qué ha decidido? —murmuró Lo Lao.

—Usted sabe, Lo Lao: esto del espionaje es una porquería, ¿verdad? Generalmente, procuro jugar limpio, pero en esta profesión eso es tan difícil de conseguir, como cazar moscas con las orejas. Unos u otros lo ensuciamos todo. Como suelo decir, soy un puerco que trabaja para el más puerco servicio de espionaje del mundo. Pero... ¿qué quiere, mi amigo?: ese servicio de espionaje es el de mi patria. ¿Comprende?

—No... No.

—Sí, hombre. Ustedes pensaban hacerle la gran puñeta a Estados Unidos con ese material, y eso no me gusta. Tampoco me gustó que no aceptase mi razonable trato de anoche. En suma, Lo Lao: no hay nada en usted que me guste. Lo siento.

—¡No puede mat...!

Plop. Plop. Plop.

El barbudo se quedó mirando el cadáver de Lo Lao Wang, caído sobre el volante. Y movió la cabeza.

—Por lo visto, sí puedo —dijo suavemente.

Salió del coche, abrió la portezuela del otro lado, y sacó al chino. Lo tiró entre unos arbustos, como un guiñapo, y volvió al coche, ahora ante el volante. Ya alejándose de allí, sacó de nuevo la radio, y llamó.

—¿Sí? —Sonó, de nuevo, la voz femenina.

—Primera fase, bien.

—Paulo, te van a...

—¡Al cuerno, princesa!

Radio al bolsillo. Condujo hasta alejarse prudentemente del lugar donde había dejado a Lo Lao Wang, detuvo el coche, y procedió a quitarse su caracterización de marino barbudo,

quedando finalmente tal cual era: Ian Randolph Lawrence, agente de la CIA..., mil veces espía.

Salió del coche con las llaves en la mano, y abrió el maletero. No fue en absoluto ninguna proeza abrir la vieja maleta... Se quedó mirando los fajos de billetes de mil dólares, con una seca sonrisa en sus partidos labios.

Acabó moviendo la cabeza con un gesto de desaprobación: el dinero, según dicen, no trae nada bueno.

—Esperemos que esta vez sea verdad —pensó.

CAPÍTULO VII

Cinco minutos más tarde, Ian Randolph Lawrence, es decir, Paulo Antonio César Craveiro, detenía el coche delante de la villa que según las indicaciones de Iris Wallace, estaba ocupada por gente de la Kasumi, al mando de Noriko.

—Una mujer —reflexionó—. ¿Qué te parece?

Se apeó del coche, y caminó hasta las verjas, que estaban cerradas. Se asió a dos de los barrotes, y se quedó mirando hacia la casa, que se veía, discretamente iluminada por entre los árboles... Así estaba, cuando, súbitamente, apareció un hombre frente a él, procedente de las sombras del jardín.

—¿Qué desea? —preguntó, en chino.

Paulo no se inmutó por el hecho de que aquel hombre fuese japonés. Movi6 la cabeza negativamente.

—No hablo muy bien el chino —musitó—. ¿Habla usted portugués, o inglés?

—Inglés.

—Soy Paulo Craveiro. Me envía Lo Lao Wang, para entregarle algo a Noriko.

—¿Va usted armado?

—Desde luego.

—Deténgase cuando haya cruzado las verjas.

—Muy bien.

Regresó al volante, y entró con el coche, cuando el japonés hubo abierto las verjas. El japonés las volvió a cerrar, fue a sentarse a su lado, y dijo:

—Noriko no recibe a nadie que lleve armas.

Paulo Craveiro sacó la pistola, y se la entregó al japonés. No la pistola con la que había disparado contra Lo Lao Wang, sino otra,

sin silenciador, y que por supuesto no había sido disparada desde hacía tiempo. El japonés se la guardó, pero no se conformó con eso. Pasó las manos por el cuerpo y las piernas de Paulo, asegurándose de que no llevaba ningún arma más.

Luego, señaló hacia la casa, en silencio.

El espía condujo hacia allí, por el senderillo de tierra. El lugar olía a flores y a pinos.

Llegaron ante la casa, y el japonés se apeó rápidamente. Apareció otro más, armado de una pistola. Cambiaron unas palabras, y luego ambos miraron a Paulo.

—Salga. ¿Qué tiene que entregarle a Noriko?

Paulo fue al maletero, y sacó de allí la maleta, que colocó sobre el capó después de cerrarlo. Los japoneses se acercaron, y mientras uno le apuntaba con la pistola, el otro abrió la maleta... No reaccionó en ningún sentido al ver cincuenta millones de dólares en billetes de curso legal de los Estados Unidos. Lo único que hizo fue guardarse la pistola, en lo que el otro, evidentemente tranquilizado, le imitó.

El japonés cerró la maleta, y la señaló. Paulo la tomó, y detrás de uno de los japoneses y delante del otro, entró en la casa. Fue conducido al salón, en el que sólo había encendida una luz; una lámpara de pie, colocada en un rincón. Frente a ella había dos sillones, de lado, y en uno de ellos había alguien. Sólo veía las piernas. Unas piernas femeninas, desde luego.

—Noriko —señaló el japonés que hablaba inglés.

Paulo fue allá, y se colocó delante del sillón, dejando la maleta a sus pies, mientras dirigía una mirada, que procuró no mostrase curiosidad, a la mujer japonesa llamada Noriko.

Los nervios de un espía, ciertamente, tienen que estar muy bien templados. Casi nunca saben lo que pueden encontrar, en su azaroso camino. Pero en aquella ocasión, el temple de nervios se imponía como nunca, y, por fortuna, Ian Randolph Lawrence tenía el necesario para no alterarse ante lo que vio.

Sin duda alguna, el rostro más horrendo que había contemplado en su vida.

En aquella cabeza quedaban solamente unos cuantos mechones de cabellos grises, que le recordaron el pelaje de una rata; por lo demás, el rostro parecía de seda rojiza, quizá granate. Pero no tan

liso como la seda, sino formando costurones, pequeños pliegues retorcidos. Incluso los labios parecían costurones horripilantes. La nariz era un simple pegote de carne...

Y en aquel rostro quemado, abrasado mucho tiempo atrás, un par de ojos negríssimos destacaban como dos manchas de carbón.

—Siéntese —brotó la ronca voz de Noriko.

Más que entenderla, Paulo captó el gesto de su mano enguantada. Las dos manos estaban cubiertas por guantes de color carne. De color carne de japonés, ciertamente.

Mientras se sentaba, en apariencia impávido pero en realidad profundamente impresionado, Paulo tuvo que pensar en el terrible momento en que aquella mujer se había quemado el rostro, y las manos, al llevarlas al rostro en vano intento instintivo de protegerlo.

—No hablo muy bien el chino —murmuró—. Preferiría hablar en portugués. O en inglés.

—Hablaremos en inglés —dijo ella, como en susurros.

—Bien. Le traigo esta maleta, de parte de Lo Lao Wang.

—¿Qué contiene?

Paulo le dirigió una mirada magistralmente sorprendida.

—Cincuenta millones de dólares, por supuesto.

—¿De Hong Kong?

—Claro que no —frunció, ahora, el ceño el espía—: americanos.

—¿Es usted americano?

Ian Randolph Lawrence se quedó mirando estupefacto a la japonesa.

—Naturalmente que no; soy portugués.

—¿Cómo se llama?

—Paulo Craveiro. Tengo treinta y dos años, nací en Lisboa, y hace tiempo que poseo negocios en Macao, por lo que suelo pasar aquí mucho tiempo..., la mayor parte de él trabajando con Lo Lao para el Servicio Secreto de Formosa.

—¿Los negocios no van bien?

—Aceptablemente —sonrió secamente el espía—. Pero el espionaje va mejor. Espero ganar lo suficiente para el momento en que el señor Mao Tse Tung decida absorber Macao y quedarse con todo lo mío.

—Es una previsión muy inteligente. ¿Por qué no ha venido Lo

Lao Wang?

—Pequeñas dificultades de última hora.

—¿Qué dificultades?

Paulo Craveiro vaciló, antes de mascullar:

—Parece ser que los agentes de Mao se están moviendo mucho, y él decidió no hacerse notar.

—¿Está en el hotel?

—Claro que no. El y algunos de sus hombrecitos amarillos me están esperando en otro sitio.

—¿Qué sitio?

Paulo volvió a sonreír secamente. Señaló la maleta.

—Si no le interesa el negocio, dígalos. Por mi parte, no tengo la menor intención de decirle a usted todo lo que Lo Lao y los que trabajamos para él podemos hacer o dejar de hacer en Macao.

Noriko contemplaba con gran atención el duro y atractivo rostro del espía americano.

De pronto, lo señaló con uno de sus enfundados dedos.

—¿Qué le ha pasado en la cara?

—Me di contra una puerta. Estaba abierta, y no me di cuenta.

Los quemados labios de Noriko se estiraron; seguramente, era una sonrisa aquel gesto, pero a Paulo le pareció una mueca, y tuvo que dominarse para no estremecerse.

—Está bien —susurró ella—. ¿Puedo ver el dinero?

—Y contarlos, si tiene muchas ganas de perder tiempo.

Se inclinó, abrió la maleta tras colocarla a los pies de Noriko, y se quedó mirando a ésta, cuyos ojos habían descendido su negra luz hacia los fajos de billetes. Dijo algo en japonés, y uno de los que habían recibido a Paulo se acercó, se arrodilló junto a la maleta, y comenzó a sacar fajos de billetes, hasta vaciarla. Había cincuenta fajos de billetes de mil dólares.

El japonés volvió a colocarlos en la maleta, la cerró, y se puso en pie, tirando del asa. Se disponía a alejarse, pero Paulo le asió de un brazo.

—Un momento —masculló—: el dinero tiene un precio.

—¿Desconfía de nosotros? —se sorprendió Noriko.

—Digamos que yo no confío nunca en nadie.

—Pero ahora tiene que confiar, señor Craveiro —pareció que sonreía de nuevo Noriko—: nosotros tenemos ya el dinero, tenemos

su pistola..., y le tenemos a usted. ¿Qué dice a eso?

—Que no me gusta. El trato...

—Tranquilícese. Ya debería saber que la Kasumi cumple siempre sus tratos. Lo contrario nos haría impopulares con nuestros clientes, ¿no le parece?

—Quiero saber dónde tenemos que ir a recoger el material americano.

—Es un poco difícil de explicar, así que lo mejor será que venga con nosotros.

—Nada de eso —rechazó vivamente Craveiro.

—Entonces —le miró fríamente Noriko—, recoja su dinero y márchese. No tendrá problema alguno, se lo aseguro. Ni yo, porque no dudo que muy pronto encontraría otro comprador menos desconfiado. ¿Para qué cree que podemos querer, nosotros, quedarnos con el material americano?

—No lo sé. Quizá, ni siquiera lo tienen, y toda esta jugada es con el exclusivo objeto de conseguir cincuenta millones de dólares.

Noriko y el japonés lo miraban inexpresivos, muy fijamente. Noriko susurró algo, y el japonés depositó la maleta junto a los pies de Paulo Craveiro, diciendo:

—Le acompañaré a la puerta.

Paulo vaciló, y acabó por sonreír, contemporizador.

—Está bien, está bien... Vamos a ese lugar.

—Suponemos —dijo Noriko— que dispondrá usted de algún medio para indicar, cuanto antes, el sitio a Lo Lao Wang.

—Bueno... La verdad es que tengo escondida en el coche una radio de bolsillo, que me ha entregado Lo Lao. Él está esperando, precisamente, mi llamada.

—¿Qué alcance tiene esa radio?

—Calculo que unas quince millas.

—En ese caso, podrá llamar cuando lleguemos allá: el material no está más lejos de diez millas.

—¿En la costa?

—Convenientemente cerca de la costa. ¿Vamos?

—¿Usted también viene?

—Ya no tengo nada que hacer aquí. Kasumi ha llegado; Kasumi se marcha. Nuestro objetivo está cumplido.

Comenzó a caminar hacia la puerta. Cuando salieron de la casa,

había dos japoneses más, esperando. Paulo no se inmutó, ni siquiera por el hecho de que uno de esos japoneses fuese sencillamente gigantesco, enorme. Medía más de metro noventa y su peso debía rebasar los ciento treinta kilos. El otro era más corriente, delgado; casi un mequetrefe.

—Por favor, abra el maletero, señor Craveiro.

La maleta fue colocada, de nuevo, allá. El coche era grande, lo suficiente para seis personas, pero hubo una pequeña dificultad debido a que una de esas personas era el japonés gigantesco. La cuestión se arregló con la ley de la compensación: en el asiento delantero se colocaron el gigante y el mequetrefe, junto al japonés que iba a conducir; en el asiento de atrás, Paulo, Noriko y el otro japonés.

—Vámonos —dijo Noriko.

El coche se puso en marcha. Paulo miró hacia la casa, sorprendido.

—¿Se marchan así? ¿Sin cerrar la puerta, ni apagar las luces...?

—Alguien se encargará de eso, un día u otro —aseguró Noriko—. Me imagino que tienen todo dispuesto para hacerse cargo del material, señor Craveiro.

—Eso ya no es cuenta mía. Pero supongo que sí, que Lo Lao lo tiene todo preparado.

—Claro. ¿Sabe usted qué clase de material es éste?

—No muy bien.

—¿Y no le gustaría saberlo muy bien?

Paulo encogió los hombros.

—A veces, saber muy bien las cosas sólo trae complicaciones.

—Es usted muy sensato. Pero me gustaría decirle lo que les quitamos a los americanos... ¿Qué tal conoce usted a los americanos?

—No sé. Regular. Son unos fanfarrones.

—Sí —una risa rota brotó de la horrenda boca de Noriko—. Es una definición simple, pero bastante exacta. En mi opinión, lo peor que tienen los americanos es que creen que son los únicos seres inteligentes del planeta Tierra. ¿Está de acuerdo?

—Más o menos —murmuró Paulo, mirando hacia el exterior.

—La mayoría de sus errores provienen de esa falsa creencia. Se creen tan tan tan listos, que en muchas ocasiones caen en el fracaso

por eso. En este caso concreto, por ejemplo... Lo que nosotros, la Kasumi, les hemos quitado a los americanos, son nada menos que los controles de doce boyas espías y las cargas de seis bombas atómicas... ¿Sorprendido?

—Aterrado, más bien —exclamó Paulo.

—Lo comprendo.

—Usted... debe estar bromeando. ¡Seis bombas atómicas!

—No bromeo. Además, sólo he dicho las cargas de esas seis bombas. Estaban en una cabaña, en un islote de los Pescadores, delante mismo de Formosa. Entre esta isla y el continente. ¿Comprende?

—No sé... ¿Qué quiere decir?

—Desde hace tiempo, los americanos tenían muy bien vigilada la costa continental china. Es lógico, ya que, hasta la visita del presidente Nixon, las relaciones no eran muy buenas... El espionaje de las costas se realizaba por medio de boyas-espía transparentes. Curiosos artefactos, se lo aseguro: se puede pasar a veinte metros de ellas, sin verlas. Son algo así como satélites-espía, sólo que su ruta es por el mar, costa arriba, costa abajo... Llevan mucho tiempo funcionando, enviando con matemática periodicidad fotografías y otros datos a cierto control muy lejos de aquí. Pero, el control de sus desplazamientos era atendido y vigilado por tres personas, tres agentes de la CIA, naturalmente...

—¿Cómo sabe usted todo eso?

—No hace mucho tuvimos un... pequeño tropiezo con un americano, en Hong Kong. Sabíamos que era agente de la CIA, y, al verlo por allí, pensamos que estaba tras la Kasumi...

—¿Quiere decir que la... sede de la Kasumi está en Hong Kong? Yo creía que estaba en Tokio.

Noriko se limitó a sonreír, o algo parecido.

—Pensamos que aquel agente de la CIA estaba detrás de la Kasumi, así que lo... frenamos. Lo cazamos y nos lo llevamos a un lugar donde podíamos hacerle preguntas sin que nadie nos molestase... Resultó que no, que no andaba detrás de la Kasumi. En realidad, ni siquiera era ya agente de la CIA, desde hacía bastante tiempo. Eso fue lo que dijo, pero, naturalmente, de momento no le creímos, así que lo... trabajamos para que fuese más sincero. Bueno, no quiero cansarle... Al final, resultó ser cierto que había dejado la

CIA..., después de haber pasado mucho tiempo en cierto islote, con otros dos americanos, cuidando de cierto material muy importante...

—Eso quiere decir que obtuvieron la información de un hombre que había estado antes en el islote.

—Exactamente.

—¿Y... qué fue de ese hombre, finalmente?

—Tuvo un accidente.

Ian Randolph Lawrence tragó saliva, en lugar de suspirar profundamente, que era, en realidad, lo que sentía necesidad de hacer. Ya habían salido de Macao, y circulaban ahora por una carretera estrecha y oscura, en estado bastante malo.

—Sí, comprendo —dijo, con voz neutra.

—Pero su información nos fue de gran utilidad...

—Supongo que él pediría su vida a cambio.

—¡Oh, sí! Pero ya le digo que sufrió un accidente.

—Ya.

—Luego, nosotros nos dedicamos a estudiar la situación, y, por fin, fuimos a aquella cabaña en el islote.

—Y consiguieron todo el material.

—No exactamente. Tenemos los aparatos de control de las boyas-espía, que siguen... navegando, vigilando las costas chinas. Y tenemos las cargas de las seis bombas atómicas. Sólo las cargas. Los proyectiles están en otro lugar; desconocemos cuál. Posiblemente, bajo el mar, listos para recibir las cargas y ser disparados... si fuese preciso. Pero sin las cargas, no son nada: simples tubos de hierro... que incluso en Formosa podrían fabricar.

—Es decir, que su venta a Formosa implica que ésta va a entrar en posesión de una docena de boyas-espía que están controlando la costa continental de China, y de seis cargas atómicas que podrían ser colocadas en otros tantos proyectiles... que quizá ya estén esperándolas. Con lo que tendríamos que los chinos de Formosa podrían lanzar seis proyectiles atómicos sobre la China continental, si así lo deseaban, cuando las boyas-espía facilitasen una información que les pareciese adecuada.

—Exacto, señor Craveiro.

—No puedo acabar de creerlo.

—Le aseguro que es cierto.

—Peco... los americanos están ahora en relaciones amistosas con Pekín... ¿Por qué tenían ahí esas cargas atómicas? Lo de las boyas-espía me parece bien, pero las cargas atómicas, y los proyectiles bajo el mar, esperando...

—En realidad, no es el Gobierno de Estados Unidos quien ordenó eso, sino la CIA. A raíz de la entrada de China en la ONU, Washington ordenó que los proyectiles instalados apuntando a China, fuesen retirados. Y así se hizo. Pero, la CIA se las arregló para retener seis de esos proyectiles, por si acaso. Los escondió bajo el mar, y ocultó las cargas en la choza, junto con el material de control de las boyas-espía. ¿Quién podía pensar lo que había en el sótano de aquella sucia choza donde vivían tres americanos chiflados?

Paulo Craveiro se pasó la lengua por los labios, pero la retiró vivamente al sentir el dolor en la carne viva.

—¿Qué pasará... si los chinos de Formosa deciden... disparar esos seis proyectiles atómicos? —susurró.

—Supongo que China aprendería una lección que ya aprendimos los japoneses hace casi treinta años, señor Craveiro.

—Pero... eso sería ahora... una hecatombe mundial.

—Quizá. De todos modos, no se preocupe. Yo creo que Formosa sólo quiere todo ese material para hacerle algún pequeño chantaje a Estados Unidos. Todo acabará bien, ya verá.

—¿Y si disparaban los proyectiles?

—Pues no sé, pero de todos modos, eso no es cuenta mía, ni de la Kasumi.

Paulo parpadeó. Luego, se dedicó a mirar al exterior, a la negra noche. Se iban alejando más y más de Macao, ahora siguiendo la costa... Sí, aquélla era la alternativa: ¿y si los chinos de Formosa decidían disparar los seis proyectiles? Estados Unidos podría sin duda soportar un pequeño chantaje económico, militar o político por parte de Formosa, con la que, a fin de cuentas, sostenían amistosas relaciones desde hacía muchos años. Pero de ninguna manera podían correr el menor riesgo de que esos seis proyectiles fuesen disparados, tan sólo porque alguien se volviese loco, o diese rienda suelta a su viejo odio hacia Mao...

Aqué! era su trabajo, aquélla era su misión: recuperar el material robado en el islote..., y que jamás debió estar allí. Y para recuperar

ese material, Ian Randolph Lawrence había salido de Estados Unidos dispuesto a todo. A todo.

—Ya estamos llegando —dijo, de pronto, Noriko.

El coche se detuvo un minuto después. Salieron todos, tras parar el motor y apagar todas las luces del vehículo. El cielo estaba despejado, lleno de estrellas. A la izquierda se veía el mar, que parecía una lámina negra salpicada de puntos luminosos al reflejar las estrellas.

El japonés que había conducido, fue con las llaves a abrir el portaequipajes. Sacaron la maleta. Noriko esperó a que los dos japoneses que habían estado con ella en el salón llegaran a su lado, uno de ellos con la maleta.

Entonces, señaló a los otros dos, el gigante y el mequetrefe.

—Éstos son Naoji y Akira, señor Craveiro. Naoji es un auténtico experto en sumo, y Akira es sexto dan de karate. Supongo que usted, como agente americano que es. —Paulo vio su sonrisa—, está más o menos familiarizado con algún estilo de defensa personal, ¿verdad?

—Sí —musitó Paulo.

—Le va a hacer mucha falta. Desde luego, ni Naoji ni Akira le van a dar tiempo de tocar siquiera su radio de bolsillo, se lo garantizo. ¿Cómo pensó que podía engañarme? Huele usted a americano que apesta.

—Todos cometemos errores.

—Sin duda. Incluso Lo Lao Wang... ¿Qué le pasó?

—Lo maté.

—¡Oh! ¡Sí! Algo así pensé, cuando se presentó usted en su lugar. Habíamos convenido con Lo Lao que vendría, a las siete en punto, y personalmente, a cerrar el... negocio. Cuando apareció usted, comprendí que algo había salido mal. Ahora, mis amigos le matarán, y luego se irán a donde está el pesquero chino donde tenemos el material que debíamos haberle entregado a Lo Lao Wang, listo para zarpar inmediatamente hacia Formosa. Nosotros siempre ofrecemos buen servicio, señor Craveiro: es el lema de la Kasumi. Por cierto: no se debe usted llamar Craveiro, ¿verdad?

—No.

—¿Cómo se llama? Sólo quiero saberlo para enviar su baja a la CIA.

—Es muy cortés por su parte. Diga que Paulo Antonio no regresará. Será suficiente.

Noriko asintió con la cabeza. Dijo algo en japonés, y acto seguido se alejó, acompañada por dos japoneses. Los otros dos, Naoji y Akira, permanecían inmóviles, mirando atentamente a Paulo Antonio, que tenía la sensación de estar vacío y frío por dentro.

Claro que había previsto casi todo, pero no la perspectiva de enfrentarse, desarmado, a un sexto dan de karate y a un experto en sumo, la antiquísima lucha japonesa. Atacar a un sumotori era como lanzarse contra un muro de cien metros de grueso. Y ser atacado por él era lo mismo que recibir la carga de un elefante...

De pronto, se oyó el rugir de un poderoso motor y algunos arbustos se agitaron, muy cerca de donde Noriko había desaparecido. No tardó en aparecer el helicóptero, elevándose... Allá iban cincuenta millones de dólares y una maldita bruja..., a medio quemar. Pero si Noriko pensaba que...

Más que verlo, oyó el movimiento del karateka Akira. Fue una especie de chasquido, como una sacudida de ropa... Se volvió velozmente... y recibió el golpe en el hombro izquierdo. La impresión fue la de haber recibido un auténtico cañonazo, que lo hizo girar un par de veces, para, finalmente, caer de bruces al suelo. Cuando se puso en pie, su brazo izquierdo colgaba inerte y le parecía que todo el miembro estaba bajo una prensa. Y desde el hombro, un dolor insoportable irradiaba hacia todo el cuerpo, mientras la cabeza le zumbaba agudamente y parecía rodeada de hielo...

—¡DAAAAaaAAAAaa...!

Akira estaba en el aire, lanzando este grito, que hizo reaccionar a Paulo Antonio tan precipitadamente que cayó de rodillas, de modo que el japonés pasó por encima suyo, lanzando una terrorífica patada... al vacío y cayendo unos metros más allá, ágil y poderoso como un gigantesco gato, revolviéndose a toda prisa.

El sumotori Naoji pasó al ataque. Ni mucho menos con la velocidad de Akira, sino lentamente, bamboleándose, con los brazos extendidos hacia delante, las manos bien abiertas, en perfecta tachi ai, la guardia del ataque inminente.

Paulo Antonio creyó encontrar la mejor solución. Miró a derecha

e izquierda y, de pronto, echó a correr... Por encima de él apareció, con seco chasquido de ropas, aquel gato llamado Akira. Parecía volar... Apareció en el aire, justo delante del espía americano y lo derribó, de espaldas, de un taconazo en el pecho. Paulo se puso en pie, tambaleante, e insistió en correr... Era como tener revoloteando la muerte por encima suyo: el menudo Akira apareció de nuevo en el aire, terrorífico, y lanzó otra patada, que derribó nuevamente a Paulo Antonio.

Durante unos segundos, éste permaneció en el suelo, de bruces, convencido de que tenía el tórax aplastado, triturado, convertido en papilla. Ni siquiera podía respirar, le zumbaban los oídos, sentía un frío terrible, tremendo, profundo...

«Está bien —pensó—. Está bien, luchemos...».

Se puso en pie y quedó con las piernas separadas, como si las rodillas estuviesen rotas.

Sacudió la cabeza y las figuras de Akira y Naoji se concretaron ante él. Estaban esperando.

Ciertamente, querían matarlo, pero no con impunidad: querían luchar con él, querían destrozar en lucha al agente secreto americano.

El voluminoso Naoji volvió a avanzar hacia Paulo, despacio, de nuevo adoptando la tachi ai. Paulo se adelantó velozmente hacia él, y le descargó un fortísimo rechazazo en pleno rostro. Fue lo mismo que si hubiese golpeado un saco de entrenamiento. Golpeó de nuevo, con el mismo resultado. Apenas si conseguía que la cabeza de Naoji se moviera. Y de pronto, se encontró rodeado por aquellos enormes brazos, asido por la cintura, alzado, y, tras describir un círculo paralelo al suelo, lanzado lejos, como si fuese un paquete vacío de cigarrillos.

Cuando se puso en pie, Akira estaba cerca de él, mirándole. Adelantó ambas manos, como si fuesen cuchillas, y se desplazó de tal modo que, más que caminar, parecía deslizarse hacia él sobre unas guías...

¡Zssss! ¡Zssss...! ¡Zssss!, pasaron las manos del japonés rozando la cabeza de Paulo Antonio, mientras éste retrocedía casi corriendo... Era como tener delante un mortal muñeco mecánico, que podía partirle los huesos a golpes.

De pronto, el karateka dejó de golpear, bajó ambos puños y los

colocó, apretados, casi juntos, ante su vientre, con los nudillos hacia delante, mientras inspiraba profundamente.

A punto de caer, Paulo volvió la cabeza hacia Naoji, que de nuevo avanzaba hacia él.

Y de pronto, al comprender que jamás conseguiría vencer a aquellos dos hombres, Ian Randolph Lawrence se sintió enloquecer de rabia. Lanzó un grito y corrió hacia el gigante Naoji, que no se alteró en absoluto. No tenía por qué.

Sin embargo, la acción del espía americano le hizo comprender su error: en lugar de volver a golpearle, Paulo puso su mano derecha con los dedos de punta, como formando una lanza, y la hundió en el ojo izquierdo del sumotori, que se detuvo en seco, lanzando un berrido.

Detrás de Paulo sonó la exclamación de Akira, que ya estaba en el aire cuando aquél se volvió, alzando el brazo derecho para protegerse. En efecto, la patada dio allí, arrancando un grito de dolor a Paulo. Akira cayó más allá, volviéndose como una peonza, seguro, elegante... y, de pronto, cayó de espaldas y ya no se movió.

Paulo enfrentó nuevamente a Naoji, que caminaba hacia él farfullando en su idioma, crispadas las manos. De pronto, Naoji se estremeció. Se detuvo, volvió a estremecerse y reanudó su avance hacia Paulo que, por detrás del enorme japonés, estaba viendo ahora las rojas pinceladas de los disparos efectuados con silenciador.

Como si tuviera los pies clavados al suelo, estuvo contemplando, aterrado, cómo el sumotori caminaba hacia él, estremeciéndose a cada paso, emitiendo gruñidos... Llegó ante él, lo asió con sus manazas... y cayó hacia delante, derribándolo con su peso, aplastándolo al caerle encima, para rebotar y quedar tendido cara al cielo, inmóvil, con la imagen de las estrellas en sus ojos.

—Paulo..., Paulo, ¿estás bien? ¡Amor mío, dime...!

—Vete... al cuerno —jadeó Paulo, guiñando los ojos, para romper las telarañas que parecían cubrirlos—. ¿Por qué... has tardado tanto...?

Por fin consiguió ver la larga cabellera rubia sobre él. Volvió a guiñar los ojos y distinguió las facciones alteradísimas de Iris Wallace.

—¿Estás bien? —gemía ella—. ¿Estás bien, Paulo?

—No... Maldita sea, ¡no estoy bien! Ayúdame..., ayúdame a ponerme en pie...

Consiguió incorporarse ayudado por la muchacha, que le sostenía abrazándole por la cintura con el brazo izquierdo. En su mano derecha estaba todavía la pistola con la que tan eficazmente había intervenido.

—No pude llegar antes... Iba a demasiada distancia... Pero vi el helicóptero. ¿Quién...?

—Me produces dolor de cabeza... Y no lo digo para ser brusco o grosero, te lo juro... Por favor, cállate, Iris. Y ayúdame a llegar a la playa...

—Sí... Sí, Paulo...

Segundos después, Paulo Antonio se dejaba caer en el agua, sumergiéndose. Cuando reapareció, Iris estaba junto a él, también vestida, tendiendo sus manos para ayudarle, pero el espía volvió a sumergirse. Se sentía un poco mejor, pero el dolor en todo su cuerpo no cedía en lo más mínimo.

Por fin, chorreando sus cabellos, se acercó a Iris.

—Es una tonta afición la nuestra, ¿verdad?: bañarse vestidos.

—¿Te..., te sientes mejor?

—Sí. Por Dios —se estremeció, y no de frío—. ¡Hasta enfrentarme con esos dos hombres, yo creía que sabía luchar...!

—No pude llegar antes —gimió ella—, no pude...

—Está bien, está bien... Escucha, hay por aquí cerca un pesquero, seguramente bien escondido en alguna caleta, o camuflado... Está muy cerca, pero nosotros solos quizá tardásemos demasiado en localizarlo. ¿Has estado en contacto con ellos por la otra radio que te entregué?

—Sí, sí...

—Bueno, vuelve a llamarlos y diles que vengan: ha llegado el momento de que trabajemos todos, nena.

—Tengo la radio en el coche...

—Pues ve a buscarlos, diles dónde estamos y vuelve aquí. Si cuando vuelves me ves como muerto, tranquila: sólo estaré intentando recuperarme. No me digas nada hasta que ellos lleguen. ¿De acuerdo?

—Sí... Sí, Paulo.

—Paulo.

Ian Randolph Lawrence abrió los ojos y se quedó mirando las estrellas. Luego, se sentó, quedando frente a Iris y a un hombre, ambos acucillados ante él.

—¿Qué tal, Ian? —sonrió el hombre.

—Regular. ¿Habéis venido todos...? —A su alrededor vio varios hombres, de pie, silenciosos, y sonrió como pudo—. ¡Okay, muchachos!: por aquí cerca tiene que haber un pesquero que...

—Ya lo hemos encontrado.

—¿Cómo que lo habéis encontrado? —Respingó Paulo—. ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Has estado durmiendo más de dos horas —volvió a sonreír el otro agente de la CIA—. Mientras tanto, nosotros hemos buscado el pesquero y lo hemos encontrado. Te hemos despertado por si quieres tomar parte en el juego... final.

—¿Estáis seguros de que ése es el pesquero que nos interesa?

—Tiene que serlo. No hay otro, y además está muy bien escondido en una caleta, sin luces. ¿Prefieres quedarte aquí con ella?

—Es la pregunta más idiota que me han hecho en mi vida. Y una cosa: los tipos ésos, los que según la princesa se llaman Skram y Petofic, los quiero para mí, si están en el pesquero.

—¿Por qué?

—No me gusta la gente que anda por ahí asesinando espías.

CAPÍTULO VIII

Petofic estaba tendido boca arriba en la cubierta del pesquero, contemplando las estrellas y pensando. Se suponía que debía dormir, pero no podía conciliar el sueño. Junto a él, dormía Skram, también buscando el fresco de la noche.

Ellos dos no podían soportarlo... El calor. Parecía como si el mar hirviese con el calor de todo el día y en todo momento tenía la sensación de que su piel estaba cubierta por otra piel, que muy bien podía estar hecha de agua caliente...

«Qué tontería», pensó.

Miró al japonés que montaba la guardia, sentado en la borda. O mucho se equivocaba, o el nipón aquel también se estaba durmiendo, allí mismo, en la borda.

—Igual que una gallina.

Los demás japoneses estaban abajo, tendidos en las literas. Ellos sí podían soportar el calor. En realidad, lo soportaban todo... Incluso el olor a pescado de aquel maldito barco.

Los japoneses parecían capaces de soportarlo absolutamente todo. Y eso tenía un poco molesto a Petofic. La verdad era que estaba considerando seriamente la decisión de marcharse; de dejar la Kasumi. Le habían dicho que a los hombres blancos les pagaban bien, porque podían pasar más desapercibidos que los japoneses en muchos lugares y ambientes y hacer cosas que habrían sido excesivamente notorias en un japonés. Era verdad. Le pagaban bien, estaba muy considerado... Igual que Skram. Pero tanto Skram como él no encajaban allí.

«Se lo diré en cuanto hayamos terminado este asunto —pensó, convencido—. Cobraremos la prima extra y nos iremos. Los japoneses me ponen nervioso... ¡Me crispa los nervios no saber

nunca lo que están pensando estos macacos!»).

Volvió a mirar al japonés que estaba sentado en la borda, igual que una gallina en su palo del gallinero. Muy bien: ¿qué era la Kasumi, a fin de cuentas? Una organización que se dedicaba a «negocios» muy peculiares, eso era todo. Algo así como una banda, pero de altos vuelos. Bueno, ¿y a él... qué? Estaba harto de japoneses, y no había más que pensar.

Estaba decidido: en cuanto aquel asunto terminase...

Sucedió algo que lo dejó sorprendido un par de segundos: el japonés que estaba en la borda como una gallina alzó, de pronto, los brazos, emitió un gemido ronco y cayó de espaldas sobre la cubierta.

Sí. Durante un par de segundos, Petofic estuvo mirando al japonés, sin comprender.

Desde luego, podía haberse dormido, por fin, y haber caído de espaldas. Pero... ¿era normal que no despertase coa el golpe, con la caída?

Transcurridos los dos segundos, Petofic se puso en pie de un salto, llevando la mano a su pistola.

—¡Skram! —gritó.

Al mismo tiempo que gritaba y se ponía en pie, Petofic vio aparecer una cosa negra por la borda del pesquero. Junto a la cosa negra brilló una pequeña llama de color rojo, o anaranjado, y en la calma de la noche se oyó nítidamente el chasquido.

Plop.

Petofic supo, con toda exactitud, lo que estaba sucediendo. Pero eso fue una milésima de segundo antes de que la bala que hablan disparado desde la borda le acertase de lleno en el corazón, matándole instantáneamente y tirándolo hacia atrás, rígido, con la mano apenas tocando su pistola.

Al mismo tiempo que él caía de espaldas, Skram se ponía en pie, agitado, tan sobresaltado que solamente oía el violento latir de su corazón.

—¿Qué..., qué..., q...?

Plop. Plop. Plop.

Al tercer disparo, Skram ya estaba muerto, desde luego. Su cuerpo cayó encima del de Petofic, cruzado, tras describir un giro que lo dejó boca abajo, de tal modo que su cabeza no llegaba a la

cubierta, sino que colgaba... Y de su colgante cabeza, unas gotas de sangre comenzaron a caer, brillando a la luz de las estrellas.

En muy pocos segundos, la cubierta del pesquero quedó invadida por aquellas sombras que habían brotado del mar, relucientes de agua, excepto las pistolas, que habían llevado fuera del agua. Todos aquellos hombres, aquellos intrusos, estaban completamente desnudos.

—Son dos blancos y un japonés —susurró una voz.

—Malditos seáis... —masculló otra—. ¡Los dos blancos deben ser Petofic y Skram, y os dije que los quería para mí!

—Bueno, así son las cosas —dijo otra voz—. Debe haber más hombres en el pesquero, así que mucho cuidado.

—Estarán abajo, durmiendo... —Se oyó otra voz diferente—. El que estaba en la borda debía estar de vigilancia.

—Pues vaya un vigilante... Bueno, hay que ir abajo. Pero con mucho cuidado. Hey, un momento, ¿y la chica?

Las sombras movieron la cabeza, mirando a todos lados. Por fin, otra voz:

—Aquí no está.

—Maldita sea su estampa... ¡Es capaz de estar nadando todavía hacia el pesquero!

—Tómalo con calma, Ian. Asómate, a ver si la localizas, y la ayudas a subir a bordo. Nosotros nos encargaremos de los de abajo. Y no discutas, hombre: los dos que querías deben ser éstos, y ya no pintan nada en este entierro. Además, estás hecho polvo... ¿Qué te parecería si tropezases por esos escalones húmedos y nos fastidiases la sorpresa?

—Está bien, está bien —gruñó Paulo Antonio.

Estuvo mirando a sus compañeros de la CIA mientras se deslizaban hacia la escalerilla que llevaba al interior del pesquero. Luego, se acercó a la borda y miró hacia abajo.

—Paulo... —Oyó—. Paulo, estoy aquí. No..., no puedo encontrar el modo de subir.

—Pues quédate ahí.

—Ayúdame a...

Paulo Antonio César Craveiro se volvió vivamente hacia la doble portilla de acceso al interior del pesquero al oír los gritos, y vio allá los resplandores de los disparos. Ruido de pies, exclamaciones...

Alguien subía corriendo la escalerilla... Abajo brilló otro pequeño relámpago rojo, se oyó otro grito y luego algo pesado cayendo de peldaño en peldaño.

Paulo corrió hacia la doble portilla.

—¡Stewart! —gritó.

—¡Todo está bien, Ian!

Una luz se encendió abajo. Se oían lamentos, murmullos... Plop, oyó, muy claramente.

Otro grito de dolor y luego una voz, en perfectísimo inglés americano:

—¡Será idiota...! ¿Qué pensaba conseguir con un cuchillo?

Paulo Antonio volvió a la borda, se colgó de ésta como pudo y tendió su brazo derecho.

Cuando Iris Wallace quedó colgada de su mano fue igual que si le hubiesen colgado de ella una ballena: un dolor terrible recorrió todo su cuerpo, como un latigazo eléctrico... Sí, exactamente igual que un latigazo eléctrico.

No pudo soportarlo. Fue como si todos sus músculos se hubiesen roto, como si jamás hubiese tenido la menor fuerza en ellos... Cayó de cabeza al agua, se hundió y regresó a la superficie a toda prisa, escupiendo agua. Se encontró junto a Iris y vio sus grandes ojos muy abiertos...

—Paulo... Paulo, lo siento...

El agente de la CIA comenzó a maldecir como nunca lo había hecho en su vida. Estaba destrozado, roto, aniquilado, hecho papilla, en suma.

—¿Ian? —Sonó la voz por encima de ellos—. ¡Ian!

—¡Estoy tomando un baño! —gritó—. ¡...!

La cabeza de Stewart apareció en la borda. Iris y Paulo vieron perfectamente su sonrisa. Luego, Stewart apoyó los codos en la borda y la barbilla en las manos.

—¡Caramba, chico...! ¿Qué ha pasado?

—¿Qué ha pasado? ¡Que ésta...! Eso pregunto yo: ¿qué ha pasado ahí abajo?

—Situación controlada. ¿Te ayudamos a subir, o prefieres regresar a nado a casa?

—¿Está todo? —exclamó Paulo—. Stewart, ¿está todo ahí?

—Lo están mirando. Si te esperas un poco, iré a ver.

Desapareció de la borda. Reapareció tres minutos más tarde, durante los cuales Iris se había limitado a permanecer como si fuese muda de nacimiento, mirando, asustada, al maltrecho espía.

—¿Ian? ¿Sigues a flote?

—¡Sí!

—Está todo. Será fácil recuperar las boyas y retirarlas definitivamente de la costa china. Y también retiraremos los proyectiles. Dentro de un rato llamaremos al hidroavión, para que se haga cargo de las cargas atómicas. ¿Subes o no?

—Stewart, si subo te voy a dar un beso.

—¡Vaya por Dios...! En fin, te ayudaré a subir... A lo mejor me gusta. Oye, ¿está desnuda la chica, como nosotros?

—Tú: ¿estás desnuda?

—No... Yo... yo no... no me quité el vestido, y... y por eso no pude nadar con tanta rapidez como vosotros, y... y...

—Pues el espectáculo de aquí arriba no es apto para chicas vestidas —dijo alegremente Stewart—. Bueno, esperad un poco ahí, a ver si encontramos algo para mostrarnos con la debida pudicia y os subiremos. No olvides lo del beso, Ian.

—Bueno, hombre, bueno, ¡un poco de paciencia! —rió Stewart.

Su alegría estaba justificada. Y media hora más tarde, aún lo estaba más. El agente de la CIA que había ido a buscar la pequeña emisora al coche de Stewart, cortó la comunicación y alzó la cabeza, brillantes los ojos.

—El hidroavión llegará en menos de veinte minutos, Stewart.

—Empezad a subirlo todo a cubierta —suspiró el espía.

—¿Qué hacemos con los japoneses que han quedado vivos?

—Esperaremos a que todo esté en orden, y los tiraremos al mar de una patada al culo. ¿Ian?

—No soy sordo —masculló Ian Randolph Lawrence; y de pronto sonrió—. Bueno, no en estos momentos, al menos.

—Asunto prácticamente liquidado. Veamos qué opinas de esto: zarpamos al encuentro del hidroavión, esperamos a que recoja toda la carga y nos vamos en él, después de hundir el pesquero. ¿Qué dices a esto?

—No. Yo voy a necesitar el pesquero. Pero lo de la patada al culo a los japoneses, me ha gustado.

—¿No vienes con nosotros?

—¿Pusisteis en marcha todo el mecanismo?

—Claro que sí.

—Entonces, no voy con vosotros. Tengo que ir a Macao y de allí a Hong Kong.

—Sí, entiendo. ¿Y la chica?

—Stewart, te debo un beso... ¿Okay?

—Sí... —rió el espía—. ¡Me lo debes!

—Te daré dos. Pero por lo que más quieras..., ¡quítame de delante de una vez a esta tonta de capirote!

—De acuerdo. Pero... ¿no te parece que eres un poco injusto? La chica ha hecho bien su parte, al final.

—¿Quieres los dos besos o no?

Stewart miró a Iris Wallace, que a su vez miraba con los ojos muy abiertos a Ian Randolph Lawrence. Pero por fin, Iris bajó la mirada y permaneció silenciosa, inmóvil.

—Está bien —susurró Stewart—; me darás los dos besos en Washington, dentro de unos días.

—Vale. Maldita sea... Daría cualquier cosa por tener ahora mismo un helicóptero...

CAPÍTULO IX

Finalmente, el helicóptero se posó sobre el césped del jardín de aquella hermosa villa, sita en el Peak, de Hong Kong. Cuando las aspas dejaron de girar, Noriko estuvo todavía unos segundos con las manos sobre los mandos. Por fin, tras sonreír, suspiró y comenzó a quitarse el disfraz... De la parte inferior de la barbilla despegó la finísima mascarilla de plástico y la arrancó, hacia arriba, con cabellos incluidos.

De este modo, la horrenda Noriko de grises cabellos parecidos al pelaje de una rata, y rostro rojo y reluciente como seda, quedó convertida, en un instante, en una bellísima joven japonesa, de sedosos cabellos negrísimos y dulce rostro. Se quitó también los guantes, dejando al descubierto sus pequeñas manos de delicado dibujo, finas, delicadas como una flor...

Dos hombres llegaron corriendo desde la lujosa casa y se apresuraron a abrir la portezuela, echándola a un lado.

—Noriko —preguntó uno de ellos—. ¿Lo has conseguido?

—Desde luego. Y vengo sola. Masao y Takashi se quedaron en Macao.

Saltó del helicóptero, señaló la maleta y uno de los japoneses la tomó. Los dos fueron en pos de ella, hacia la casa. Entraron en el salón pisándole los talones. Allí, en el salón, había cuatro japoneses de edad avanzada, rostros inescrutables. Primero miraron a Noriko, pero en seguida desviaron sus negras miradas inexpresivas hacia la maleta.

Y al verla, sus miradas se animaron.

Uno de ellos dijo:

—Bien venida, Noriko... ¿Todo ha ido bien?

—En definitiva, sí, padre.

Saburo Takasuka asintió con plácido gesto.

—Debes estar cansada...

—¡Oh, no, padre...! No.

—Quiero decir —sonrió Saburo— que viajar con cincuenta millones de dólares tiene que resultar fatigoso.

Los otros tres emitieron unas risitas en verdad corteses, suaves, muy discretas.

Noriko Takasuka se acercó a ellos, tomó un cigarrillo de la cajita que había sobre la mesa de laca y lo encendió.

—Esos cincuenta millones de dólares —susurró— pronto serán duplicados.

Los cuatro japoneses cambiaron inexpresivas miradas.

—¿Duplicados? ¿Qué quieres decir, hija mía? —se interesó, en nombre de todos, Saburo Takasuka.

—Un agente americano mató a Lo Lao Wang. En estos momentos, el americano debe estar muerto, pero nosotros tenemos el dinero de Lo Lao Wang. Esto no lo saben los de Formosa. Nos bastará decir que Lo Lao no llegó con el dinero, lo cual es verdad, y cobrarles de nuevo el material americano, que sigue en nuestro poder. Akira y Naoji, después de matar al americano fueron al pesquero y ya deben estar navegando hacia el segundo escondite, a la espera de nuevas negociaciones.

El silencio fue en verdad denso durante unos segundos. Por fin, Saburo Takasuka movió elegantemente una mano.

—La Kasumi ha estado desorganizada durante mucho tiempo, pero gracias a ti podremos reanudar nuestras actividades. Con cincuenta millones de dólares, todo será muy fácil. Con cien, nos convertiremos en la organización privada más poderosa del mundo. Insisto en que te retires a descansar, hija mía. Toma un buen baño caliente y mañana todos te escucharemos con gran atención.

—Sí, padre.

Se inclinó respetuosamente ante Saburo Takasuka y luego ante los otros tres, muy cortésmente. Hecho esto, buena hija y magnífica aventurera Noriko Takasuka, la Kasumi, se retiró a su dormitorio, donde ella misma se preparó el baño caliente.

Después de tomarlo, se estuvo contemplando altamente complacida, durante más de un minuto, en el gran espejo del cuarto de baño..., hasta que acabó moviendo la cabeza con un gesto de

pesar.

—Y el caso es —murmuró— que el americano era tan..., tan hombre...

Se acostó. No en una esterilla, al viejo estilo japonés, sino en una estupenda cama de mullido colchón, esto, después de poner en marcha el pequeño magnetófono a pilas, que comenzó a emitir la música del cassette...

* * *

Cuando despertó, estuvo unos segundos mirando el techo, que parecía teñido de color rosa. Estaba amaneciendo... Se sentó en la cama y entonces vio el magnetófono, detenido hacía horas, pero consumiendo pilas. Bajó el mando, y se puso en pie. Se calzó las zapatillas, de finísima paja, trenzada a mano. Fue a la ventana y estuvo mirando el sol, rosa, dorado, quizá rojo, quizá anaranjado... Calculó que debían ser las seis de la mañana.

Quizá un poco más.

—Voy a nadar a la piscina —decidió, con gran placer. Se quitó el camisoncito y se puso un bikini de color oro. Sí, parecía de oro auténtico. Con este atuendo, y descalza, bajó a la planta. Decidió salir al jardín por la puerta-ventana del salón, y entró en éste.

A quien primero vio fue a su padre.

Estaba sentado en el mismo sillón, inmóvil, con la cabeza caída sobre el pecho. Los otros tres ancianos estaban también en los mismos sitios que habían ocupado por la noche. En el centro del grupo estaba la maleta abierta, mostrando los cincuenta millones de dólares.

Noriko sonrió y se acercó a su padre. Le tocó en un hombro.

—Padre, está amanec...

Saburo Takasuka se movió, lentamente, hacia delante, y cayó, rígido, en forma de cuatro, a los pies de su hija. Entonces, ella vio en su pecho aquella mancha oscura en forma de ocho. Sí, en forma de ocho...

—¿Padre? —llamó Noriko, aturdida, negándose a creer lo evidente, esto es, que su padre tenía dos balazos en el pecho—.
¡Padre!

Se arrodilló junto a él y lo tocó. No sólo estaba rígido, sino frío, frío, frío, frío... Frío como la muerte. Sí, como la muerte.

Noriko se puso en pie y fue a mirar a los otros tres jefes que formaban, juntos, la dirección de la Kasumi...

—No se moleste, Noriko: están muertos todos.

Se volvió, respingando, desencajado el rostro. Entonces, confortablemente instalado en uno de los sillones apartados, vio al hombre del rostro duro y atractivo, al hombre que le había dicho llamarse Paulo Antonio. Estaba pálido y parecía terriblemente cansado.

Agotado. Hecho trizas. Pero en sus ojos oscuros había una luz... malvada, de regocijo, de triunfo. Era como si aquel cuerpo estuviese muerto y sólo los ojos conservasen la vida.

—Usted... —jadeó Noriko.

—Paulo Antonio César Craveiro —asintió, cansadamente, el agente de la CIA—. Aunque ya no veo inconveniente para presentarme con mi nombre auténtico: Ian Randolph Lawrence. Americano, claro... Y, por supuesto, agente de la CIA, como usted bien comprendió, Noriko.

—¿Cómo ha podido... llegar hasta aquí?

—Hay un emisor de señales en la maleta que contiene el dinero. Lo coloqué yo. Advertí de esto a mis compañeros de la CIA que estaban esperando para entrar en Macao, y ordené que se dispusiera una red de recepción electrónica, de modo que en todo momento supiésemos dónde estaba la maleta... Cuando usted llegó a Hong Kong, mis compañeros ya sabían que venía hacia aquí. Localizar la casa fue de lo más sencillo. Sorprender a un par de tontos y a estos ancianos fue casi miserable... Santo cielo, Noriko: ¿no pensó en que tenía que haber alguna trampa por mi parte?

—No... no.

—Debió pensarlo. Ciertamente, yo podía jugarle la vida de un modo estúpido, pero no me habría jugado jamás el resultado de mi misión. Yo podía morir, quizá, pero todo estaba previsto: a ustedes los habrían encontrado de todos modos, gracias a la cobertura de escucha en un radio de mil millas partiendo desde Macao. Y encontrarlos a ustedes, era encontrar el material. Sí. Yo podía ser un suicida, pero siempre un espía... Mil veces espía. Quizá sea demasiado para usted.

—¿Usted ha matado a mi padre... y a los demás?

—No. Cuando yo llegué, todo había terminado. Lo único que

pedí es que me permitiesen verla viva a usted. Y ha valido la pena... Buen disfraz el suyo. Mejor que los míos.

—¿Y para qué quería usted encontrarme... viva?

—Para matarla.

Noriko Takasuka se quedó mirando al espía, parpadeando... De pronto, fue hacia la pared, hacia el lado donde había armas... Armas blancas. En un lado había dos katanas, cruzadas. Dos hermosos sables distintivos de los famosos y antiguos samurái. Noriko descolgó y desenfundó uno y se volvió hacia Ian Randolph Lawrence, que la contemplaba inexpresivamente. Quizá porque, en cuanto la japonesita tocó el sable, varios hombres aparecieron en el salón, procedentes del jardín, armados de pistolas, mirándola fijamente.

—Será mejor —sonrió Ian— que no haga usted tonterías, Noriko. Suelte ese sable.

Noriko Takasuka también sonrió. Tomó el sable por la larga empuñadura, con las dos manos. Pero con la reluciente hoja hacia dentro, hacia su cuerpo.

—Adiós, cerdos americanos —dijo.

Y enfundó el acero... en su cuerpo.

ESTE ES EL FINAL

Era tan agradable sentir la caricia del sol en el cuerpo... Finalizaba agosto, pero todavía hacía calor. Un calor apretado, como hecho de mallas sólidas, tangibles. Mallas que envolvían el cuerpo de Iris Wallace, tendida al sol...

—¿Señorita Wallace?

Iris se sentó sobre la toalla que había extendido sobre la arena privada de aquel lujoso motel sito en Miami Beach, Florida, Estados Unidos. Se quedó mirando al camarero del motel, que a su vez la miraba con gran atención, sin conseguir disimular su aprobación hacia la bellísima rubia que llevaba varios días tomando el sol en bikini.

—¿Sí? ¿Qué ocurre?

De pronto, el camarero pareció asombrado, desconcertado. Tendió la bandeja, en la que solamente había un paquete de cigarrillos de la marca «LM».

—En conserjería me han encargado que le entregue esto, señorita Wallace.

También la bellísima rubia quedó desconcertada.

—¿A mí? No he pedido cigarrillos...

—Bien... Bueno, no sé...

—Está bien. Démelo.

Tomó el paquete y se quedó mirando al camarero mientras éste se alejaba. Luego, miró el paquete de cigarrillos... Y de pronto, se mordió los labios, arrancó la cinta, luego parte de la envoltura, vaciló... Por fin, tiró suavemente de uno de los cigarrillos.

—¿Sí? —Brotó una voz del paquete de cigarrillos.

—¡Paulo... Paulo! —gritó Iris.

—¿Cómo estás, princesa?

—¡Oh Dios mío...! No sé...

—Nunca sabes nada. Pero deberías saber, al menos, cómo éstas, ¿no te parece?

—Creo... creo que estoy triste...

—Estás triste... ¿Conoces la obra de Rubén Darío?

—¿La..., la...?

—Seguramente, ésta es una de las partes que más me gusta de su obra prolífica y genial. Escucha:

La princesa está triste...

¿Qué tendrá la princesa?

Un suspiro se escapa, de su boca de fresa...

—Ian... —gimió Iris—. Ian, eso es en español, y... y yo no hablo español... No..., no sé lo..., lo que estás diciendo...

—Siempre has de meter la pata por un lado u otro. ¡Maldita sea mi estampa! ¿Es que ni siquiera cuando quiero ser amable puedo tener éxito?

—Ian... ¿Dónde estás? ¡Por Dios, dime dónde estás!

—En tu cabaña del motel... ¿No te lo han dicho?

—No... ¡No!

—Pues aquí estoy, dispuesto a tomar un baño. He llegado hace unos minutos, procedente de Washington, adonde llegué procedente de Hong Kong. Tengo una oferta que hacerte.

—Sí... Sí, Ian, sí...

—Es de espionaje.

—Oh... ¡Oh!

—Sí... Verás: nos casamos, tú te quedas en casa esperando a los pequeños espías que muy pronto llegarán de París y yo seguiré dando tumbos por ahí, siendo mil veces espía. ¿Qué contestas?

—¿Me estás... pidiendo que..., que..., que...?

—Puedes tomarlo o dejarlo, nena —gruñó Paulo Antonio.

Iris Wallace alzó la mirada hacia el cielo, azul, límpido, lleno de sol. Y miró el mar, igualmente azul, surcado por blancos balandros... Y las gaviotas, que parecían suspendidas entre uno y

otro...

—Ian —susurró.

—¿Sí?

—No te muevas de ahí; voy a darte la respuesta... personalmente.

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA 45 PTAS.



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía Baby, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1.100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...